



*Los crímenes de Shamersville*

# TENEBRAE MORTIS

*Algunas historias permanecen en el recuerdo.*



DAVID ZAFRA RUIZ

LOS CRÍMENES DE  
SHAMERSVILLE

TENEBRAE MORTIS

David Zafra Ruiz

Título: *Los crímenes de Shamersville – Tenebrae Mortis*

© 2018, *David Zafra Ruiz*

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones

Diseño de portada y contraportada: Alexia Jorques.

Corrección: Mar Carrión.

Primera edición: agosto de 2018

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A Enrique Laso:

Gracias por llenar de antorchas mi camino,  
no dejaré que se apaguen. Gracias eternas.

«Nunca sabes lo que te tiene deparado la vida,  
hasta que ella decide contártelo».

David Zafra Ruiz

# Índice

Prólogo

Capítulo 1: Una visita inesperada.

Capítulo 2: La morgue.

Capítulo 3: Pesquisas.

Capítulo 4: Autopsia.

Capítulo 5: Por los buenos tiempos.

Capítulo 6: La habitación de Darren.

Capítulo 7: Veneno.

Capítulo 8: Punto y seguido.

Capítulo 9: 327 Raven St.

Capítulo 10: Enterrada.

Capítulo 11: Desaparecidas.

Capítulo 12: Lorette.

Capítulo 13: Detención.

Capítulo 14: Toda la verdad.

Capítulo 15: La horca.

Agradecimientos.

Sinopsis: ¡Necesitaba matarlas!

## Prólogo

—¡Déjeme tranquilo, señorita!

—¡Tiene que despejarse un poco! Voy a sacarle a tomar el sol al jardín.

—¡No quiero paseos!

—Vamos, no me lo ponga difícil, Sr. Darren...

—Está bien, está bien... Pero ¿me dejará fumar?

—¡Claro, hombre! Y ¿supongo que querrá un whisky?

—Entonces, ¡déjeme! Aquí estoy bien, y el sol entra por los ventanales.

—De acuerdo, le dejo hasta que termine de recoger las habitaciones. El Dr. Baker pasará más tarde a tomarle la tensión.

—¡Maldita sea! Esos matasanos no son capaces de nada. Llevo media vida aquí metido, y aquí moriré. Ellos no pueden encontrar la medicina que me cure el alma, ¡no pueden!

Lo han intentado con todo, sin encontrar el remedio adecuado. Ahora sé que se acerca el fin, y los recuerdos seguirán martilleándome la mente, una y otra vez...

El verano de 1965 en Shamersville parece que también llega a su fin. Por estos viejos ventanales se atisba el ocre de los árboles en Fog River, y cómo sus hojas se precipitan sobre la corriente para ser arrastradas, sin duda, a un lugar mejor.

Mi nombre es Darren Hunter, tengo setenta y siete años, y voy a contarles algo sobrecogedor que sucedió en mi pequeño pueblo hace más de seis décadas...

# Capítulo 1





= Una visita inesperada =

—¿Quién habrá podido hacer una cosa así, jefe?

—No tengo la más mínima idea, Stone.

—¡Qué brutalidad!

—Ha sido golpeada con saña.

—Apenas se le puede ver el rostro.

—¿Va a quitarle el camisón?

—Sí, algo no me cuadra...

—¡Dios santo, jefe! ¡Le han serrado el brazo!

—¿Darren?... ¡Darren! ¡Vamos, dormilón, despierta!

—Vamos, Darren, hoy es tu cumpleaños.

—Déjame un rato más, por favor...

—¡Nada de eso!

—Además... En la mesa de la cocina hay una cosa para ti.

Viendo la sonrisa de mi madre, no podía ser otra cosa que el patinete que llevaba esperando durante años.

Bajé las escaleras como solo yo sabía hacer, arrastrando el trasero por la barandilla de madera reluciente a pesar de los reproches de mi abuela Elena, que al ver cómo me deslizaba escalera abajo, siempre repetía negando con la cabeza:

«¡Demonio de chico!».

Brianna —mi amiga del alma de la que luego os hablaré—, decía que ella las bajaba mejor que yo; pero no os creáis nada, a veces, era la niña más fantasiosa que he podido conocer.

—¡El patinete!

—¿Puedo salir a jugar con él? Por favor, madre...

—Está bien, pero no olvides volver pronto, Marie está preparando un pastel de esos que tanto te gustan. ¡Ah! Hijo, que no se te olvide...

El portazo cortó el discurso de mi madre, pero no hacía falta ser muy listo para deducir que quería que invitase a la pesada de Brianna.

Todo era bienvenido si, a cambio, podía degustar uno de aquellos impresionantes pasteles de Marie.

Marie viajó desde Francia a buscar trabajo hace unos años, y mi madre

la contrató para ayudar a mi abuela Elena en las labores de la casa, mientras ella iba a trabajar al almacén de costura del Sr. Rogers. Mi familia no era pudiente económicamente, pero no había más remedio que contar con Marie para no perder el sueldo de madre. Mi padre falleció dos años antes de una rara enfermedad y, desde entonces, mi madre trabajaba para sacarnos adelante.

—¡Te vas a romper la crisma, niño tonto!

Una voz salió de entre los matorrales del jardín del Sr. Desmond y, acto seguido, apareció la minúscula figura de mi amiga Brianna, con sonrisa burlona y una caja de cartón en la mano.

Brianna tenía nueve años, dos menos que yo. Era una niña muy dulce, le gustaban las galletas de canela y su deporte favorito era hacerme rabiar. Vivía con su padre y su madre, el Sr. y la Sra. Desmond, y con su hermanita de cuatro meses, Lorette.

—¿Te vas a hacer piloto y estás practicando? —La carcajada de Brianna me enfureció. Esa niña tenía la extraña habilidad de ponerme de los nervios.

Con pose altiva, sonrisa irónica e intentando ocultar mi enfado, le dije:

—Es mi regalo de cumpleaños, que por si no lo sabes, hoy cumpla once.

—Claro que lo sé, niño tonto, por eso te traigo yo también un regalo. — Estirando su pequeño brazo, me entregó la caja de cartón atada con cuerdas.

¿Os he contado que a veces adoraba a Brianna?

Al abrir la caja, me encontré una vieja llave de metal en tonos rojizos atada a un cordel.

Sorprendido, alcancé a decir:

—¡Gracias, Brianna! Será la llave de nuestro jardín secreto. —Ella sonrió nerviosa.

Sin tener otra cosa en la cabeza que el pastel de Marie, agarré a Brianna de la mano y nos fuimos para casa, jugueteando por el camino que, entre álamos, acompaña paralelo a nuestro río, el misterioso Fog River.

—¡Madre! ¡Ya estamos aquí!

—¡Hola, hijo! Brianna, pequeña, ¿cómo estás?

—¡Bien, Sra. Hunter! Darren me dijo que me invitaron a tomar un trozo de pastel.

¡Muchas gracias!

—Nada de gracias, pequeña. Mira, siéntate aquí.

Mi madre sentó a Brianna en una silla tan grande que le colgaban las

piernas, mientras me miraba de soslayo guiñándome un ojo de complicidad, por haberla entendido al marcharme, a pesar de dejarla con la palabra en la boca.

—Brianna, hija, ¿cómo están tus padres? —Alcanzó a decir mi abuela desde el otro lado de la inmensa cocina, donde azuzaba el chispeante fuego de la chimenea.

—Bien, Sra. Elena, siguen arreglando el jardín. Pasan mucho tiempo haciendo agujeros y midiendo el terreno.

—¿Te van a hacer un columpio? —Mi abuela sonrió.

—Desde luego que lo he pedido, prometieron que me lo harían —contestó Brianna, con su inocencia habitual.

La tarde transcurría alegre, entre trozos de pastel, risas, y bromas de mi madre hacia la abuela, cuando sonó vigorosa la campana de la puerta...

—¿Quién será a estas horas? —preguntó mi madre, extrañada.

—No lo sé.

—Los huevos y la leche ya los trajo esta mañana el hijo de la Sra. Bennett. —Marie salió presta para abrir la puerta.

—¡Buenas tardes, mademoiselle Marie! Soy el detective Alfred Tilman. Este es mi ayudante, el capitán Edward Stone. ¿Podría hablar con la Sra. Hunter, por favor?

El nerviosismo de Marie era tal, que no pudo articular palabra.

En nuestro pueblo era complicado ver alguna cosa fuera de lo normal. Como mucho, el gamberro de Gael Thomas, robando alguna gallina de los corrales del vecindario, o ver algún cristal roto, por nuestro afán de organizar guerras a pedradas.

No hizo falta que Marie dijese una palabra, pues mi madre salió rauda al encuentro con el detective.

—¡Sr. Tilman! Qué sorpresa verle por aquí. Cuanto tiempo... ¿Sucede algo, detective?

—Buenas tardes, Sra. Hunter. Un placer volver a saludarla después de tanto tiempo. ¿Podemos pasar, por favor?

—¡Claro! Claro, perdone, detective. Pasen, estábamos tomando un pedazo de pastel por el cumpleaños de mi hijo, Darren.

—¡Vaya! ¡Qué oportunos! ¡Felicidades, pequeño!

—Gracias, Sr. Tilman.

El detective Tilman era un hombre espigado y elegante, que vestía con una pulcritud y elegancia exquisitas. Siempre iba acompañado de su bastón de

paseo, sombrero de copa y abrigo Chesterfield.

El capitán Stone, por su parte, era algo más sobrio, pues siempre vestía de una manera muy sencilla, a pesar de que sus botines marrones eran los más relucientes de toda la comarca. Lucía un bigote boulangier y cuidaba con mimo de su inseparable bombín.

—¿Les apetece un té y un pedazo de pastel?

—Gracias, Sra. Hunter, con el té será suficiente —sentenció el detective Tilman.

El capitán Stone frunció el ceño, pues se le salían los ojos ante aquél impresionante pastel de Marie.

¿O quizá fuese por Marie?...

—Y bien, ¿qué sucede detective? ¿En qué podemos ayudarle?

—Verá, Sra. Hunter, el caso es que, en la mañana de ayer, fue hallado el cadáver de una joven de veinticuatro años en los sótanos de La Casona...

El detective hizo una larga pausa, mientras el horror inundaba el fino rostro de mi madre, que no pudo ni articular palabra.

La casona era el sanatorio psiquiátrico donde residían decenas de enfermos, que incluso llegaban de los alrededores de Shamersville para ser tratados. Tenía fama de lúgubre, aunque también de ser uno de los mejores del sur de Inglaterra. Lo cierto es que, sin ningún lugar a dudas, era un sitio fuera de lo normal, donde uno no dejaba de sentirse intranquilo, incluso paseando a distancia de allí.

—Pero ¿cómo? Prosiga, detective.

—Ayer tarde, mientras una de las enfermeras se disponía a bajar al sótano con el conserje para asear unas cubetas, comprobaron que, tras la puerta, yacía el cuerpo de una joven con severos golpes por todo el cuerpo. La enfermera nos confirmó que horas antes vio la figura de un hombre bajando la ladera, camino de Fog River. Si no me equivoco, en esa dirección y en esos momentos tuvo que pasar por delante del ventanal del almacén de costura del Sr. Rogers. ¿No recuerda algún detalle, Sra. Hunter? ¿Algún desconocido merodeando por la zona? Todas las frases las dice el detective, por lo que no se pueden usar puntos y aparte. Tienen que ir seguidas.

Mi madre estaba tan aturdida que tuvo que esperar unos segundos para volver en sí.

—¡No! No, detective. No recuerdo nada extraño. El ventanal es amplio, pero se me pudo haber pasado algún detalle. Tenemos mucho trabajo que atender estos días y no sabría qué decirle...

—¿Algún comentario en el almacén? ¿Alguien comentó algo que pueda parecer insignificante?

—Realmente... no, detective.

—Está bien, Sra. Hunter, no se preocupe. Simplemente, estamos recabando información. Ya sabe que, si recuerda algo más, o en los próximos días escucha o presencia algo extraño, por favor, no dude en avisarnos.

—Claro, Sr. Tilman.

Abriendo la tapa de su reloj de bolsillo, el detective frunció el ceño y cogió su bastón de paseo que reposaba sobre el vetusto piano del salón.

—¡No les molestamos más!, pasen una buena tarde.

—No es molestia, detective.

—Hasta la vista, Darren. Disfruta de tu día, pequeño.

—¡Gracias, detective!

—Sra. Butler... Mademoiselle...

Agarrándose el borde del sombrero, el detective Tilman se despidió finalmente de mi abuela y de Marie, encaminándose a la puerta junto al capitán, donde le esperaba su recién estrenado Landaulet negro.

Arrancaron el flamante auto y encararon el camino dirección Pothshire, perdiéndose entre la niebla que empezaba a emanar de nuestro misterioso río.

—¡No corra usted tanto, jefe!

—Capitán, sepa que va usted sentado en el último grito sobre cuatro ruedas. Disfrute el trayecto y relájese.

—Parecen buena gente...

—¿Se refiere a los Hunter? —El capitán asintió con la cabeza—. Sí. Son gente humilde y trabajadora. Tienen muy buen nombre en Shamersville y alrededores. Su marido trabajaba precisamente en la fábrica de cerillas en Potshire, falleció hace un par de años de una enfermedad poco común, y nunca supieron dar un diagnóstico claro de su fallecimiento. Desde entonces, la Sra. Hunter se ha echado esa familia al hombro. No cabe duda de que es una mujer con una fuerza interior extraordinaria, Stone.

—Yo también lo creo, detective. Y... y...

—¡Vamos, desembuche, Stone! Está usted deseando preguntarme por Marie, ¿verdad?

—Bueno, pues, la verdad....

El capitán Stone no paraba de moverse nervioso ante la pregunta del

detective. Era un recién llegado a Shamersville, y aunque ya llevaba varias semanas trabajando con Tilman, aún no tenía esa confianza como para hacerle... según qué preguntas.

—Amigo mío, Marie es una muchacha extraordinaria, y estoy convencido de que, con el tiempo, usted se hará buen amigo de ella. Además, si no me equivoco deben ustedes andar por la misma edad. ¿Cuántos años tiene, Stone?

—Los próximos serán treinta y dos, jefe.

—¡Oh! ¡Treinta y dos!, quién los tuviera. Me tendré que conformar con mis cincuenta y uno. —El detective frunció el ceño.

—De todas formas, jefe... Vi a la Sra. Hunter un tanto nerviosa, no sé, como especialmente alterada.

—Buena apreciación, capitán. Creo que hay algo que se le olvidó contarnos. Tiempo al tiempo, tendremos la posibilidad de volvernos a encontrar.

—¿Cree usted que tiene algo que ver con todo esto?

—¡Nooo! Amigo mío, no creo que tenga nada que ver con un hecho tan horrible como el que nos ocupa, pero es evidente que algo quedó en el tintero. No obstante, capitán, la experiencia de los años en este trabajo siempre me mantiene alerta, nunca doy nada por descartado hasta el final. Y ahora... —El detective aceleró el Landalet—. Vamos a cenar, Stone.

—Sí, pero... pero ¡no corra, jefe! —El detective soltó una carcajada.

—No tema, capitán, ya estamos llegando a Pothshire. Y deje ya de gruñir, que a Marie no le gustan los gruñones. —El detective siguió carcajeando.

# Capítulo 2



= La Morgue =

—Sra. Foster, por favor, si no le resulta muy molesto tendríamos que hacer un poco de limpieza en el despacho. Como sigamos así, en poco tiempo nos comerá el polvo y la suciedad. ¿Podría usted ayudar al hijo de los Parker la semana próxima? Lo he llamado para que nos eche una mano.

—Encantada de ayudarle, jefe...comisar...

—Por favor, Sra. Foster, con detective es suficiente. ¡Elizabeth Rose! — La voz del detective Tilman se alzó sobre la mesa del despacho, donde apoyaba las palmas de sus manos, mirando fijamente a su querido ayudante—. Ese es el nombre de la joven asesinada en el psiquiátrico, Stone.

—Así es, jefe. Rubia, un metro sesenta y cinco de estatura, compleción delgada, veinticuatro años de edad y...

—Y le han amputado el brazo derecho —resaltó Tilman.

—¿Aún no tenemos nada sobre su paradero, jefe?

—No, y es algo que me tiene especialmente intranquilo.

—Un sótano lleno de humedades, estanterías cubiertas de cubetas, un hedor insoportable a orina, cucarachas, y...

Tilman, volvió a interrumpir al capitán.

—Y un cadáver al que le han amputado un brazo que no aparece. Amigo mío, tengo la sensación de que esto no ha hecho más que comenzar.

El detective se quedó sentado en la silla del despacho donde tantas horas pasaba resolviendo enigmas. Manos entrelazadas apoyadas en la barbilla y la mirada perdida, escudriñando todas las fotos y datos que tenía pinchados en la pizarra de corcho.

Tras varios minutos sin articular palabra, el fuerte suspiro de Tilman hizo reaccionar a Stone, que rompió el silencio del despacho.

—¡Jefe!, y si...

—¡Vamos! Coja el abrigo.

—Pero ¿dónde vamos, jefe?

—A la morgue, Stone, a la morgue.

—Espero que no sea demasiado tarde...

El repicar de las campanas en la vetusta iglesia de Shamersville llamaba al recogimiento dominical. Estaba situada a la salida del pueblo, apenas a unos



cientos de metros de La Casona, que en aquella época mostraba toda su grandeza y esplendor desde lo alto de la colina.

Allí nos dirigíamos mi abuela Elena, mi madre y yo. Marie tenía el domingo como día libre y lo dedicaba a descansar, cuidar las flores que tenía plantadas en el jardín de la parte trasera de la casa y a leer los periódicos locales que iba guardando durante la semana. Marie no era creyente, y prefería no dejarse ver mucho a esas horas por el pueblo. A veces, las chismosas del lugar murmuraban verdaderas barbaridades de la pobre Marie, que no tenía más remedio que hacer oídos sordos y salir de allí tan rápido como alcanzaban sus piernas.

—Vamos, vamos, vayan pasando.

—Sra. Gyner... Sr. Gyner...

—Karen...

—Buenos días, buenos días a todos.

—Sra. Backford...

El padre Murray tenía por costumbre salir bajo el dintel de la puerta para recibir a sus feligreses cada domingo.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, que siempre iba vestido con sayos negros abotonados desde la garganta hasta el dobladillo que rozaba sus botines negros. En la cabeza lucía un bonete negro de cuatro picos y siempre portaba un brillante rosario en la mano izquierda. Su rostro denotaba cierta amargura. Él era el encargado de darnos la clase religiosa en la escuela, y a veces los niños de Shamersville le temíamos por su excesiva... seriedad, a pesar de que el domingo todo eran sonrisas y parabienes. Al lado de la Iglesia, tras la tapia, había un pequeño cementerio anexado al principal, donde podían verse las inmensas estatuas de ángeles custodios recubiertas de verdín, y pesadas cruces de mármol ennegrecidas entre la hiedra.

En aquella época había muchos fallecimientos, tantos que los cementerios se quedaban sin fosas, creando una situación de caos incontrolable. Los sepultureros se aprovechaban de ello, y en algunos casos hasta desmembraban los cuerpos para dejar hueco a otros que les pagaban, haciendo de ello un negocio ilegal y repugnante. A veces, sin ningún pudor tiraban pedazos de esos cuerpos en los sitios menos transitados del cementerio, sin ni siquiera incinerarlos. Los más ricos eran los beneficiarios de estas actividades. En aquellos tiempos, incluso se compraban tumbas enjauladas, porque corrían rumores de que había vampiros que sacaban a los muertos de sus tumbas. Cierto es que había esos saqueos, pero la verdadera

razón por la que se alzaban esas jaulas de barrotes sobre las tumbas era porque en las grandes escuelas de medicina robaban los cadáveres para sus experimentos. La gente más humilde que no tenía para pagar aquellas jaulas se quedaba a pie de la tumba un número «suficiente» de días, hasta que, ingenuamente, creía que el cuerpo ya había entrado en estado de descomposición y así ya no irían a robarlo. Por su parte, los pudientes compraban esas jaulas y, de esa manera, se quitaban «el muerto de encima». Poco después, alertados por la situación, las iglesias cedían sus terrenos adyacentes para seguir enterrando cuerpos, pero de una manera tan poco ética que el olor a cadáver era insoportable.

—¡Aquí lo tiene, Stone! Menos mal que por falta de espacio en el cementerio, no se han llevado su cuerpo.

—No comprendo, jefe...

—El asesino dejó grabado en la parte posterior del cuello unas letras con símbolos antiguos, como con unas serpientes. Justamente en la nuca, ¿lo ve?

—¡Es cierto, jefe! Parecen hechas con un objeto punzante, como con una navaja, y cubiertas de tinta... TM. ¿Qué significado deberíamos darle?

—Ojalá lo supiera, amigo mío. Cuando la inspeccioné en La Casona, me pareció verlo, pero con tanta sangre no llegué a apreciarlo bien. Ha venido un familiar de la víctima desde el pueblecito de Phenstat. Parece ser que la chica era natural de allí y que, por motivos de salud, residía en La Casona. No debía andar muy bien emocionalmente y, al parecer, la ingresaron pensando en una pronta recuperación.

—Pues el efecto ha sido más bien el contrario. —Stone asintió con la cabeza.

—Hablares con él a ver si podemos averiguar algo más sobre todo esto. El brazo, las letras marcadas, demasiadas incógnitas y aún no tenemos nada. Vamos a ver a ese familiar, Stone.

—Adelante, jefe.

—¿Me está diciendo que usted no sabía que su sobrina estaba en un psiquiátrico? ¿Acaso me toma por tonto, Sr. Rose? —La voz de Tilman se alzó enfurecida.

—Le juro que no sabía nada, detective. Sí, es cierto que soy su único familiar, pero yo ya no tenía contacto con mi hermano y su esposa, estábamos peleados desde hace muchos años. Ellos han fallecido hace unos meses y no hemos podido hacer las paces.

—Y ¿cómo se enteró usted del asesinato de su sobrina?

—Por el Phenstat News, leyendo en el interior de sus páginas vi el apellido y no tuve más remedio que leerla. Así fue como me enteré, pero yo no sabía nada.

—¡Al cadáver de su sobrina le falta un brazo! —Soltó de repente el detective Tilman—. ¿Sabe usted a que puede deberse? —El rostro de aquel hombre palideció.

—Co... ¿Cómo dice?

—Encontramos el cuerpo de su sobrina con un brazo amputado. ¿Sabe usted si tenía alguien que quisiera hacerle daño, Sr. Rose?

—Ya le digo, detective, que no tenía relación con Elizabeth desde que era una niña. Pero no creo que tuviera enemigos, ella era una niña muy buena, que incluso durante aquellos años cantaba en el coro y participaba en las actividades eclesiósticas de Shamersville. No creo que una niña tan inocente tuviera grandes enemigos.

—¿Tiene usted conocimiento de la razón por la que Elizabeth enfermó, Sr. Rose?

—No, señor. En el pueblo hay muchos rumores de que tenía un amor secreto que la dejó y llegó a enfermar, pero en los pueblos se chismorrea tantas cosas... ¿Puedo marcharme ya? —La voz entrecortada del Sr. Rose sonó apagada.

—Sí, ya puede marcharse, pero antes le ruego que nos deje su dirección en Phenstat, por si nos hiciese falta preguntarle en algún otro momento.

—De acuerdo, detective, no hay problema en ello.

Tras dejar la dirección en la mesa de Tilman, el Sr. Rose salió raudo para no perder el carruaje que lo llevaría de regreso a la pequeña localidad de Phenstat.

—¿Qué piensa de todo esto, jefe?

—Pues que este pobre no tiene ni idea de nada y que la ha caído un buen problema por ser el único familiar de la joven. Creo que estamos aún lejos, Stone, muy lejos. Aunque...

—¿Qué pasa, jefe?

—Que tengo la incipiente sensación de que algo va a empezar a

vislumbrarse...

Los miércoles por la tarde era el momento donde los niños y niñas de Shamersville íbamos a la escuela para que el padre Murray nos diese sus clases religiosas.

Un día, al término de estas clases, olvidé mi cuaderno en el pupitre, y al volver a recogerlo ya no había nadie en el aula.

Recogí mi cuaderno y al salir escuché sollozos que provenían de detrás de la puerta, donde el padre tenía su despacho. Era mi amiga Brianna, estaba seguro... Me dirigí sigiloso a la puerta y pude ver por una rendija entreabierta cómo el director de la escuela, el Sr. Jenkins, la tenía de rodillas a la vez que le recriminaba y azotaba con el viejo cinturón de cuero de sus pantalones, que envolvió con un trapo para no dejar marcas.

—¡Eres un alma descarriada! —le gritaba con los ojos fuera de las órbitas a la vez que la azotaba.

En ese momento, la rabia y el miedo se apoderaron de mí, y cobarde con la situación eché a correr ladera abajo, saliendo de aquel pernicioso infierno.

Yo lo vi... y desde entonces padezco un dolor en el alma insufrible, del cual no puedo liberarme... No hice absolutamente nada por mi querida amiga. Además, sufro en silencio por el miedo que me ocasiona recordar aquel momento, incluso después de haber pasado ya seis décadas.

Pero lo que más me atormenta es que todo aquello siguió alargándose en el tiempo, y yo seguí callando ante aquella miserable tortura.

¿Qué daño podía hacer una pequeña tan dulce y con un corazón tan grande como Brianna? Me hubiese gustado desaparecer. Desde entonces, padezco temblores en las manos que, a día de hoy, con setenta y ocho años, aún perduran.

Yo lo presencié y no hice nada para remediarlo...

—¡Querida Lisa!

—¡Amanda, qué sorpresa! —Lisa era el nombre de mi madre, Lisa Hunter. Amanda era el nombre de la madre de Brianna, Amanda Desmond—  
¿Cómo estás, Amanda? ¿Y la pequeña Lorette?

Mi madre hizo una mueca cariñosa, acariciando la barbilla de la pequeña.

—Bien, Lisa, todos muy bien.

—Nos comentó Brianna que estabais midiendo el terreno del jardín, ¿vais a hacer reformas?

—Nooo... —Sonrió—. Simplemente, remover un poco el terreno para abonarlo.

—¿Y cómo está de sus golpes?

—Pues ya ves... Me dijo el Sr. Jenkins que se pone a jugar como si fuera un chico, se revuelca por el suelo y se llena de golpes con las piedras y bancos del jardín. Tiene la espalda llena de moratones. Darren, a ver si tú que eres mayor me la cuidas un poco y consigues que juegue con las niñas, y no tanto con los chicos, ¿eh?...

Me lo dijo sonriendo y a mí no me salió ni una sola palabra. Aquella tortura era indescriptible. Me sentía culpable, como si cada latigazo con aquella correa vieja en el cuerpo de Brianna fuese en pago a cada uno de mis silencios.

¿Cuándo podría sacarme aquello de la cabeza?

Creo que nunca lo conseguiría. El pavor se apoderaba de mí por completo y no era capaz de articular una sola palabra. Aun queriéndolo gritar, de mis labios no salía ni el más efímero de los sonidos.

Durante muchos años me levanté de la cama sobresaltado, entre sudores fríos y sensación de fatiga. Incluso llegué a levantarme orinado de las pesadillas que sufría. Desde que lo vi me costaba mirar al rostro de mi querida amiga, y sin quererlo, poco a poco me iba distanciando más de ella. ¿Cómo era posible que en cualquier rincón del mundo existiese gente con las entrañas tan podridas como el Sr. Jenkins?

Sea como fuere, si existía la justicia debería pagar caros sus actos, y en aquellos momentos soñaba con tener suficiente vida como para presenciarlo.

A fe que lo haría... aunque no imaginaba el dolor tan inmenso que aún faltaba por llegar...

# Capítulo 3



—¡Soooooooo...!

El carruaje del Antoine Gounod, paró ante la presencia del detective Tilman, que le requirió alzando el brazo bruscamente en mitad del camino.

Gounod, de procedencia francesa, era el capataz del taller de costura del Sr. Rogers, para el que trabajaba mi madre. Un déspota que maltrataba a la mayoría de los empleados, principalmente, a los más necesitados, que le trabajaban a destajo a cambio de un plato de bazofia y un camastro donde pasar las noches. Algunos caían enfermos, pues no tenían ni calzado para resguardarse del frío suelo del taller. Por su parte, había mujeres a las que esclavizaba trabajando hasta dieciséis horas diarias, ganando la mitad de sueldo que los hombres y en unas condiciones lamentables. De rostro lánguido y rudo, con unas cejas prominentes y una voz extremadamente ronca, Gounod no pasaba desapercibido entre las gentes de Shamersville. A pesar de todo eso, he de decir que a mi madre no la trataba tan mal como a otras mujeres del almacén.

—Buenas tardes, Sr. Gounod.

—Buenas tardes, detective —dijo Gounod, bajando de un salto del carruaje—. ¿En que le puedo servir? —preguntó, con la mejor de sus sonrisas forzadas, mientras se sacudía los pantalones blanquecinos de polvo.

—Monsieur Gounod, estoy al tanto de sus métodos de trabajo en el taller del Sr. Rogers. Algún día hablaremos sobre ello... pero este no es el tema que nos ocupa.

—Vaya, qué bien, Sr. Tilman —contestó Gounod, con cierta sorna.

—Tengo entendido que pasa usted prácticamente todo el día en el taller, ¿es cierto?

—Así es, detective.

—Por casualidad, ¿no vería usted pasar hace unos días a alguna persona «forastera» ladera abajo, camino de Fog River?

—Lo único que veo pasar por delante del taller son los años, detective.

Tilman fingió sonreír con una mueca, arrugando su mejilla derecha.

—¿Y bien?

—Muchas veces pasan los críos jugando con la pelota de trapo, otras veces carros de leña; a veces, hasta el director de la escuela, el Sr. Jenkins, que viene de visitar a un familiar en la casona. Por allí pasa mucha gente,

detective. El sacristán, el Sr. Miller... En fin, todos conocidos.

—Haga memoria, Gounod. ¿Nadie que solo pasase por allí ese día?

—¡Definitivamente no, Tilman! Y debo marcharme, que me esperan en Potshire. No debo dejar el taller sin telas, detective. ¡El tiempo es oro! —vociferó Gounod, subiéndose al carruaje y arreando a los caballos para reanudar la marcha de una manera fulgurante.

Tilman siguió el carruaje con gesto pensativo, hasta que desapareció a lo lejos, entre la multitud.

—Maldito seas, Gounod... algo me ocultas... —masculló Tilman, mientras emprendía el camino de regreso al despacho.

—¡Stone! ¿Qué hace aquí?

—¡Jefe! ¡Chsss! Baje la voz. ¡Qué susto me ha dado!

—¿Se puede saber qué hace aquí agachado en la tapia del cementerio?  
—preguntó Tilman, en un tono más bajo.

—Nada... Estaba paseando y leyendo la prensa, cuando he oído sollozos de un niño pequeño.

—¿Un niño, Stone? ¿Y ha escuchado algo más?

—Sí, jefe. He escuchado la voz del Sr. Jenkins, que decía algo así como:  
¡Devuélvemela!

—¿Devuélvemela?

—Sí, y unos golpes, pero ya ha cesado todo.

—¿El Sr. Jenkins en el cementerio de la iglesia? Vaya, vaya...  
Deberíamos hacerle una visita, ¿no le parece, Stone?

—De acuerdo, jefe, bajemos por aquí. Tenga cuidado con el terrapl... —  
A Stone no le dio tiempo a decir terraplén, cuando Tilman dio un resbalón.

—Mire como me he puesto los botines de barro, Stone. Usted y su extraña manía de meterse en los lugares más difíciles —refunfuñó el detective, mientras rodeaban la iglesia para hacerle una visita al Sr. Jenkins.

—Sin embargo, los míos siguen relucientes, jefe... —La sonrisa iluminó toda la cara del capitán. Sus botines marrones eran famosos por su pulcritud, y eso a él le llenaba de felicidad— ¿Qué son esos gritos, jefe? —La sonrisa en la cara de Stone se desvaneció...

—Proceden del pueblo...

Tilman puso su mano estirada en la frente y entrecerró los ojos para que el sol no le molestase demasiado y poder ver quién se dirigía a ellos



corriendo a toda velocidad.

Era Gael Thomas que, apenas sin resuello, llegó a la altura de Tilman y Stone.

—¡Detectives! ¡Detectives!

—Chico... ¡tranquilo! ¿Ya has vuelto a hacer una de las tuyas? ¿Le has vuelto a romper al Sr. Haskin la cristalera de la tienda?

—¡No! ¡No! Señor, no se trata de eso.

—Tranquilo, respira y cuéntame que pasa...

—¡Es en Fog River, señor! —Alcanzó por fin a decir el muchacho, entre pausas y sin aliento; agachado, con las manos apoyadas en las rodillas—. ¡Hay un cuerpo flotando en el agua!

La cara de Tilman palideció al mismo ritmo que lo hacía la de Stone, que se le abrieron los ojos como platos, a la vez que Tilman los cerraba con tremendo desasosiego.

—¿Estás seguro de lo que dices, chico?

—Sí, señor. Está todo el mundo allí.

Tilman y Stone bajaron corriendo, tratando de seguir la estela del muchacho, pero este corría demasiado para ellos; tanto que, Tilman estuvo a punto de caer de bruces en el suelo por segunda vez, de no haber sido por la rápida intervención de su ayudante y amigo, que lo salvó de un golpetazo inminente.

La parte superior del margen del río estaba llena de curiosos que murmuraban y sacaban sus propias conclusiones. Fog River es el río que cruza Shamersville en toda su extensión, y que hace honor a su nombre: Fog River —río de la niebla—.

Tan bonito como peligroso, pues en alguno de sus tramos pasa de tener veinte centímetros de profundidad a tener más de tres metros en tan solo un paso. Todo eso, unido a la espesa niebla que lo cubre la mayor parte del día, lo convierten en un lugar de riesgo permanente para cualquiera.

Innumerables leyendas hay sobre él y su bosque, en el margen contrario de Shamersville. Unas de cuento y, otras, más reales, por los hechos acaecidos en el lugar en tiempos remotos. De cualquier manera, era un lugar misterioso, a la par que peligroso.

—Por aquí, jefe, bajemos por las escaleras del puente. —Stone dirigía a Tilman, que llegó con semblante cansado y los carrillos colorados ante semejante carrera— ¿Se encuentra bien, jefe?

—Ya no estoy para estos trotes, Stone.

El capitán cogió del brazo a Tilman para saltar un último escalón de gran altura antes de llegar.

Al llegar junto a la orilla, se encontraba el comisario de policía, Henry Pennan, y dos de sus policías, Liunbert y Scholes.

Pennan era un hombre bajito, de la edad de Tilman, aunque pareciese veinte años más viejo. De calva prominente y con un sobrepeso excesivo que dejaba bien a las claras, mostrando la camisa fuera de los pantalones por diferentes partes del cinturón —este apenas visible bajo la desorbitada barriga—. Tampoco era muy recatado en cuanto al aseo personal, lo que todo junto hacía que Tilman no solo no tuviera ningún vínculo con él, sino que, a veces, hasta le repugnaba.

—Amigo Tilman, cuanto bueno por aquí...

Tilman frunció el ceño, pues ni eran amigos, ni era momento de ironías.

—¿Qué tenemos, comisario? —preguntó Tilman, con seriedad.

—Una joven de unos treinta años. Estaba boca abajo. Todo apunta a que ha resbalado y al caer se ha golpeado la cabeza, a consecuencia de lo cual, ha quedado inconsciente y se ha ahogado. Ya sabemos lo peligroso de este río nuestro, Tilman.

El detective Tilman no daba crédito a semejante versión, tan improvisada y estúpida como el propio Pennan.

—¿Me da su permiso para inspeccionar el cadáver, Pennan?

—¡Claro, Tilman! —asintió el comisario, sonriendo con sorna.

Tilman inspeccionó el cadáver de una manera minuciosa, reparando en los fuertes golpes que presentaba en la parte trasera de la cabeza que, al parecer, debieron ser de una brutalidad extrema, pues la masa encefálica sobresalía entre el largo cabello mojado de la joven. Acto seguido, el detective subió hasta la rodilla los largos sayos de la víctima, que cubrían toda su parte inferior expandidos por el agua.

—¿Esto también se lo hizo con el resbalón, Pennan?

La cara oronda del comisario quedó paralizada ipso facto. El cadáver tenía la pierna derecha amputada a la altura de la ingle, se la habían serrado y ni se había percatado de ello. Las deducciones de Pennan en los casos a lo largo de su carrera, habían dejado impunes a la mayoría de los culpables. El comisario era algo así como «un dejado», que no quería alargar los casos en el tiempo para no tener que trabajar en demasía.

—¿Stone, lo hace usted o lo hago yo? —preguntó el detective, poniéndose en pie, con la certeza de que su amigo Stone sabía perfectamente

lo que tenía que hacer.

—Yo lo compruebo, jefe... —Stone se agachó y... — ¡Voilà! Jefe. — Dos letras marcadas exactamente igual que en la primera víctima, aparecieron dibujadas en la parte posterior del cuello—. Aquí está jefe... lo que nos temíamos.

Tilman se quedó fijamente mirando a Pennan que, totalmente perdido y desbordado por la situación, salió del lugar gritando a sus dos ayudantes que se llevasen el cuerpo a la morgue en cuanto el señor juez acabase su trabajo. Pero primero tuvieron que ayudarlo a subirlo al escalón que precedía a las escaleras del puente para que pudiese salir de allí, pues sus piernas no daban para semejante altura. Liunbert y Scholes lo alzaron cual niño pequeño a la sillita de la reina, haciendo de aquello una situación cómica a ojos de todos los presentes.

Una vez arriba y sacudiéndose la ya destartalada y sucia chaqueta, se volvió hacia Tilman y con voz autoritaria le dijo:

—Quiero verle en mi despacho, Tilman. A usted y a su... ayudante. Tenemos mucho de qué hablar.

La minúscula figura de Pennan se alejó entre la multitud, y a buen seguro que la rabia no lo dejaría dormir aquella noche. Era muy orgulloso, no aceptaría que ningún... «detectivillo» le sacara los colores como lo había hecho Tilman, y menos en público.

—¡Vaya, Stone! Recuérdeme felicitar a la Sra. Foster. Ha dejado la oficina como la patena; nos podemos reflejar en las paredes. Espero que con tanto énfasis no nos haya destartalado la pizarra de seguimiento.

—Tranquilo, jefe, está perfecta. Y hablando de patenas, jefe... Con todo lo ocurrido no pudimos hacerle la visita al Sr. Jenkins.

—Cierto. No desespere, Stone. Muy pronto iremos, cuando todo este un poco más calmado y no nos espere. —Le guiñó un ojo—. Ahora tenemos que aguantar al pesado de Pennan y sus rabetas durante unos días. Pero ya se le pasará. ¡Por cierto!

—Dígame, jefe.

—¿Está usted seguro de que el llanto que escuchó en el muro del cementerio era de un niño?

—Creo que sí, a mí me pareció el de un niño pequeño.

—Está bien, Stone, está bien —dijo Tilman a su fiel compañero

mientras, pensativo, pasaba sus dedos pulgar e índice sobre los lados de su barbilla—. En fin, Stone, tenemos que ir a ver qué nos cuenta el amigo Rich. En el caso de Elizabeth Rose no pudimos sacar mucho en claro.

Tilman cogió un ramillete de romero que tenía en un extremo de la mesa, que a buen seguro le había puesto la Sra. Foster, y se lo metió en el bolsillo envuelto en un pañuelo de tela.

—¿Y eso, jefe?

—Se nota que es usted joven, Stone. Ya averiguaré el por qué... —  
Tilman sonrió pícaro.

# Capítulo 4



= Autopsia =

Adam Rich era el forense encargado de hacer la autopsia a los cadáveres en Shamersville y alrededores. Era un hombre de mediana edad, aunque, a pesar de ello, lucía un pelo totalmente cano. Llevaba un batín blanco, gorro liso calado hasta las cejas y una mascarilla de trapo sujeta por detrás de las orejas. La morgue tenía varios habitáculos. En el que Rich practicaba las autopsias, se podían sentir escalofríos desde el mismo momento en que se entraba por la pequeña puerta de chapa.

Paredes blancas de cal de mitad hacía arriba, y la parte de abajo repleta de azulejos de trepa, los cuales habían perdido sus dibujos a consecuencia del paso del tiempo. A un lado, una mesa de metal con rodillos en sus patas repleta de instrumentos propios, como varias tijeras de diferentes tamaños y formas, una bandeja de muestras y diversas jeringuillas. Al otro lado, una pila con un grifo, alcohol y varios trapos cortados para secarse las manos. En la pared de enfrente, un solitario crucifijo y, en la zona central, una camilla metálica donde yacía tapada con una sábana el cuerpo de la mujer encontrada en el río. Los lados de la camilla eran más bajos y con cadencia, para que en caso de que la víctima desprendiese aún algún resto de fluido, cayera fulminante a unos cubos que había colocados debajo. Arriba, un par de flexos blanquecinos que parpadeaban más de lo recomendado. Todo esto aderezado con un insoportable frío, hacían de la sala un lugar bastante desagradable.

—¡Querido Adam! —saludó Tilman.

—Buenas tardes, Tilman. —Se oyó detrás de la mascarilla del forense.

—¿Has hallado algo más que se pueda tener en cuenta?

—Creo que sí. ¡Pasad!

El detective pasó delante. De inmediato, se le achinaron los ojos y su labio inferior se dobló sobre el superior. El estado del cadáver desprendía un olor insoportable. Tilman cogió el pañuelo con el romero que había guardado en su bolsillo y se lo puso, tapando la nariz y ligeramente la boca.

Stone pasó el último y la bofetada a cadáver estuvo a punto de hacerle vomitar. Entre arcadas, observó con cierta cara de enfado a Tilman. Ahora comprendía el asunto del romero en el pañuelo...

Tilman no tuvo más remedio que sonreír detrás de su improvisada mascarilla, viendo la cara de Stone, que le miraba fijamente con gesto inquisidor.

Rich achinó los ojos, señal inequívoca de que también se lo estaba pasando en grande a costa del joven Stone.

—Bien, Adam, ¿qué tenemos?

—La víctima es Brenda Wilson, de veintiséis años. A pesar de lo que parece, no murió ahogada, puesto que la médula de sus huesos estaba limpia.

—Las miradas de Tilman y Stone se encontraron.

—No entiendo, Adam, ¿qué quieres decir?

—Verás, cuando alguien muere ahogado en un pantano o un río, como es el caso que nos ocupa, en la médula de los huesos se adhiere un tipo de algas microscópicas llamadas Diatomeas. En este caso no existen tales algas, por lo que la víctima fue asesinada y tirada al río con posterioridad.

—Interesante —susurró Tilman.

—La mataron golpeándola brutalmente en la cabeza con un objeto que bien podría ser una piqueta, por la forma y la manera en que por los orificios expulsa la masa encefálica. Una vez fallecida, le serraron la pierna, para acto seguido tirarla a las aguas de Fog River. Evidentemente, al igual que Elizabeth Rose, Brenda Wilson tiene unas letras escritas en la parte trasera del cuello, que bien pudieran ser grabadas a navaja, y de las cuales desconocemos el significado.

—El dichoso sello... —murmuró Stone, en voz baja.

—Efectivamente. Pero aún hay algo más. —Tilman y Stone esperaban impacientes—. En el cuerpo ya no existían restos de huevos, ni larvas; pero sí había moscardas, por lo que me hace pensar que Brenda Wilson lleva muerta cerca de quince a treinta días.

Stone proyectó un silbido de sorpresa.

—Por lo tanto, sería la primera víctima en el tiempo y no la segunda.

—Así es, Tilman, efectivamente.

Siempre encontraba paz en el desván de mi casa. Era como mi santuario. Ese pequeño rincón donde estaba a salvo de todo mal. Allí, sentado entre los viejos baúles y demás objetos, me sentía feliz, como en ningún otro lugar del mundo. Había libros antiquísimos que deberían haber deleitado las largas tardes que padre pasaba tumbado en la hamaca del jardín. Ejemplares del Shamersville Press y del Phentsat News asomaban por debajo de las sábanas que tapaban los objetos más grandes, para que no cogiesen mucho polvo, aunque esto era una misión prácticamente imposible.

Mi preferido era uno destartado con el lomo desgastado, al que le faltaban la mitad de las páginas. Era como un cuento en el que se contaban las peripecias de un niño llamado Gilbert, el cual viajaba por el mundo de aventura en aventura.

Lo leía y releía una y otra vez, sin descanso. Cuando llegaba a las páginas arrancadas, me ponía una de las sábanas enredada al cuerpo y, cogiendo una caña que me hacía las veces de espada, continuaba mi propia aventura correteando sobre las tablas del desván.

Me sentía el amo del universo. Allí estaba yo, gobernando el mundo desde encima de una caja de madera, con mi traje de guerrero y mi reluciente espada. ¡No había injusticia en el mundo que no pudiera solucionar el capitán Darren!

—¡Darren, a comer!

Como casi siempre, la llamada de mi madre me devolvía al mundo real, donde no solo no era capitán, sino que callaba la mayor injusticia que se pudiera imaginar. El sufrimiento de mi amiga Brianna seguía muy presente en mi cabeza.

Al agacharme y esconder el libro de Gilbert debajo de un baúl, para que los ratones no hicieran de él su particular festín, observé que ya había otro libro allí. Como pude, con la caña lo arrastré por el suelo hacia mí.

De entre sus páginas, cayó una fotografía donde aparecía un joven sacerdote con una señora al lado, que sostenía una niña en su regazo.

—Darren, no te lo digo más veces, ¡a comer!

La voz de mi madre volvió a resonar escaleras arriba, hasta hacer un sonido sordo en el techo del desván. Metí la foto de nuevo en el libro y lo escondí con el de Gilbert.

—Sabes que no me gusta que subas a jugar al desván. Está todo muy viejo y te ensucias la ropa.

Miré a mi madre con cara de pena, una de esas miradas con las que antes conseguía lo que quería, pero que según iba creciendo, cada vez servía de menos.

—¿No te dan miedo los ratones, Darren?

—No, abuela, son muy pequeños.

Lo que mi abuela Elena no sabía era que ellos me tenían pánico a mí, porque eran mis enemigos en las largas batallas que libraba a capa y espada.

—¿Sabes algo de tu amiga Brianna, Darren? ¿Qué tal está de sus golpes?

—Las preguntas de mi madre me quitaron las ganas de comer...



—Creo que bien. Parece ser que ya están... desapareciendo —dije, con voz entrecortada.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó la abuela, con esa mirada tan suya de saber que algo no iba bien. La abuela era la persona que mejor me conocía, incluso más que mi madre.

—Sí, abuela, todo está bien.

A pesar del silencio de mi abuela, no se creyó ni una sola palabra de lo que le dije.

Me limité a terminar la comida del plato con muy pocas ganas, y esperé ansioso a que terminaran para poder escapar de allí y no contestar más preguntas.

# Capítulo 5



= Por los viejos tiempos =

Tilman tocó tres veces con el gigantesco llamador de forja, mientras unos pasos espaciados se acercaban a la puerta...

—¡Querido Alfred! —La voz del Sr. Clayton sonó de manera musical, al ver a su gran amigo postrado en el umbral de su puerta.

—¡Harvey! —dijo Tilman, en tono cariñoso.

Clayton era amigo íntimo de Tilman. Fue su profesor durante la niñez y adolescencia. Gracias a él, posiblemente, Tilman decidió hacerse detective.

El Sr. Clayton rondaría ya los setenta y cinco años. Tenía aspecto sencillo y un pelo largo y canoso rodeaba su amplia calva por los laterales. Las arrugas de su cara dejaban bien a las claras que tenía mucha vida a sus espaldas. De cejas blancas pobladas y nariz alargada, que hacían juego con su extremada delgadez. Sus andares eran lentos pero firmes, y su espalda encorvada por el paso de los años destacaba sobre una chaquetilla verde de punto inglés.

—Qué sorpresa tan agradable, Alfred.

—¡Los años no pasan por ti, Harvey! —exclamó Tilman a su querido profesor, intentando alegrar el semblante de este.

—¡Maldito seas, Alfred Tilman! No me vengas con esas a estas alturas —dijo el Sr. Clayton con su anciana y temblorosa voz, a la vez que de su boca salía una insignificante carcajada—. Ya estoy en las últimas... Cualquiera día te llaman para que vengas a investigar si me han asesinado o he fallecido de manera natural. —La carcajada del Sr. Clayton sonó esta vez con más fuerza.

—¡Te queda cuerda para rato, Harvey! —comentó Tilman, poniendo la mano en el hombro y acompañando a su amigo al salón.

—Y bien, Alfred, ¿qué te trae por Lithertown? —Dejó caer el anciano, que a duras penas consiguió servir un par de tazas de té, derramando algo de este debido al temblor de sus manos.

—Verás, Harvey, necesitaría la ayuda de tu afamada biblioteca para buscar información sobre un caso que tengo entre manos...

La biblioteca que atesoraba el Sr. Clayton era de una envergadura extraordinaria. Llevaba cerca de sesenta años guardando libros de toda índole.

—Pero, por supuesto, Alfred. Ya sabes que siempre te dije que si un día faltó, quiero que la heredes tú. Para mí sería un gran placer.

—Y para mí un gran honor, querido amigo.

—Es acerca del caso de las dos chicas asesinadas, ¿verdad?

—Veo que sigues bien informado, Harvey. Efectivamente, es el caso que me ocupa.

—Hay que ver, pobres criaturas, no hay derecho a que alguien sufra semejante calvario.

—Así es, Harvey, pero los asesinos no entienden de buenos sentimientos.

—El anciano hizo un gesto afirmativo con la mirada perdida en su gato, al que acariciaba sin parar mientras reposaba sobre sus piernas—. Pero cuéntame, Harvey, ¿qué has hecho en todos estos años que no te he visto?

Tilman y el anciano siguieron disfrutando de una charla larga y tendida sobre sus vidas, pues, no en vano, hacía cerca de seis años de la última vez que se vieron.

Aquel salón era propicio para ello. Amplio pero acogedor, con unas inmensas cortinas de terciopelo rosa empolvado, en un tono asalmonado, que daba una vida especial al lugar. El Sr. Harvey las tenía recogidas con unos cordones gruesos trenzados y acabados en dos gruesas borlas de color blanco.

Las paredes eran lisas, en tonos grisáceos y cargadas con múltiples cuadros de retratos familiares. Incluso algunos de ellos eran de seres queridos ya fallecidos. En aquella época sobre todo, existía una alta mortalidad infantil, y la mejor manera de tenerlos presentes eran las fotografías Post-Mortem. La fotografía mortuoria no era tomada como algo morboso en la época, pues se realizaba con total naturalidad y tenía un carácter verdaderamente sentimental. Esta actividad se empezó a utilizar en Francia sobre el 1839, y después fue pasando a otros países, incluido el nuestro.

Algunas fotografías simulaban estar con vida, pues les abrían los ojos para el retrato eterno junto a sus familiares. En otras, simulaban estar dormidos, como echando la siesta.

De cualquier manera, eran prácticas que no a todo el mundo agradaban, a pesar de su naturalidad en la época.

—¡Bueno, Alfred! Creo que es momento de que eches una ojeada a esos libros.

—¡Vamos allá, Harvey!

Tilman y el Sr. Clayton subieron la empinada escalera que daba a la galería superior de la casa. El detective subió primero y, detrás de él, su anciano amigo que subía como buenamente le daban sus fuerzas, escalón a escalón, aferrándose con firmeza a la barandilla de madera con detalles dorados.

—¡Dios santo, Harvey! —replicó Tilman, con cara de sorpresa—. ¡Esto es... es... mucho más de lo que me habías contado!

—Alfred, hace seis años que no nos vemos. No sabes la capacidad que puede tener un viejo desocupado para guardar todo lo que encuentra a su paso —dijo el Sr. Clayton, con una leve sonrisa.

La biblioteca era de dimensiones descomunales. Ocupaba toda la parte superior de la casa, las dos alas y el pasillo central. De pared a pared y de arriba abajo estaba lleno de libros, excepto la parte destinada a los dos grandes ventanales que daban a la calle. En el centro, una gran mesa de roble y nogal tallada con motivos geométricos, acompañada por ocho robustas sillas a juego.

—Lo relacionado con los temas demoníacos lo tienes aquí, Alfred. — Señaló el anciano, mientras miraba de reojo a su amigo.

—¡Bien! —exclamó Tilman, mientras cogía libros a brazadas, para ponerlos encima de aquella portentosa mesa—. Me sentaré a ver si encuentro algo. Te aviso en cuanto termine, Harvey, ya puedes bajar a descansar.

—Que te has creído tú que me voy a ir ahora que empieza lo bueno, jovencito. Yo me quedo aquí a ayudarte. Aunque sea viejo, cuatro ojos ven más que dos. —Tilman sonrió.

—En ese caso, ¡no se hable más! Manos a la obra, Harvey.

—¡Por los viejos tiempos!

Se sentaron y empezaron a buscar entre las páginas de la montaña de libros que Tilman había depositado entre él y su anciano amigo.

—¿De verdad crees que los asesinatos tienen algo que ver con algo relacionado con el diablo, Alfred?

—No sé si con el diablo, querido amigo, pero algo me da en la nariz que, buscando por ahí, encontraremos algo.

Tras horas de larga búsqueda, el Sr. Clayton no tuvo más remedio que bajar a sus aposentos a descansar. Tilman se quedó toda la noche en vela leyendo y releendo a la búsqueda de alguna clave.

Cerca de las cinco de la madrugada, el detective tomó un nuevo libro con sus manos y, como si en él tampoco fuese a hallar nada, lo agarró con su mano izquierda y pasó deprisa sus hojas, dejándolas deslizarse por su pulgar derecho.

Como si de un fogonazo se tratase, le pareció ver algo y volvió a pasar sus hojas con el pulgar, pero esta vez de una forma más pausada.

Los ojos de Tilman se abrieron como platos. No podía creer lo que veía.

Ante él, sobre una de las páginas amarillentas del libro, apareció un sello redondo en el que rezaban dos consonantes:

TM, separadas por tres serpientes entrelazadas de dos cabezas cada una.

Tilman no daba crédito a lo que veían sus ojos. Por fin algo sólido sobre lo que llevar la investigación.

Agarrando el libro con firmeza lo escudriñó hasta aprenderse todos los detalles relacionados con el sello. Estaba escrito en latín, pero gracias a su anciano profesor, era algo que dominaba bastante bien.

Cuando llegó a la parte que daba significado a las letras del sello, arqueó las cejas con gran sorpresa...

Sobre el dibujo del sello, y con letras mayúsculas, figuraban dos palabras a modo de título:

TENEBRAE MORTIS, que traducido significa: «La oscuridad de la muerte».

Tilman siguió leyendo hasta comprender que Tenebrae Mortis era el nombre de un grupo de personas que desarrollaban labores demoníacas entre la población desde hacía más de doscientos años. Sus prácticas eran terribles, y su máxima era conseguir engendrar a un ser superior que los salvase del poder del maligno, y así pudiesen entrar en el reino de los cielos. Para ello, deberían desmembrar las extremidades del cuerpo de cuatro vírgenes, que irían incorporadas al cuerpo de la que ellos llamaban «La Gran Dama», hasta conseguir un único cuerpo que representaría a la Virgen y su criatura.

Las primeras luces del alba empezaban a entrar por los amplios ventanales de la biblioteca, cuando por la puerta asomó lentamente la minúscula figura del Sr. Clayton.

—Me preocupas, Alfred, ¿aún sigues aquí?

—Aquí sigo, amigo mío... con un nudo terrible en el estómago.

—¿Has encontrado algo, ¿verdad?

—Hace apenas un par de horas, Harvey, en este libro de hojas amarillentas...

—Ni que decir tiene que te lo puedes llevar.

—Muy agradecido, Harvey. Va siendo hora de que vuelva a Shamersville. Tengo mucho por hacer, y presiento con total convencimiento que aún se avecinan grandes desgracias.

—Está bien, pero antes tomaremos un café y un trozo de pastel. No

puedes hacerte un viaje tan largo sin tomar nada. —Ordenó con firmeza el anciano.

—¡Está bien, Harvey! Tan cabezota como siempre.

—No lo sabes tú bien, jovencito. Y cada año que pasa, aún más.

Tilman sonrió, encaminándose al salón escalera abajo.

—Te estaré eternamente agradecido, querido amigo —dijo Tilman al anciano, que lo acompañó a la puerta con la tristeza reflejada en el rostro al despedir a su querido alumno. Para él, su corta visita había sido un bálsamo, un revulsivo para los largos días de soledad.

—Vuelve cuando quieras, Alfred... ya sabes que esta es tu casa —musitó Harvey, con voz entrecortada, mientras le resbalaba una brillante lágrima por la mejilla.

Se fundieron en un largo abrazo y Tilman subió a su Landaulet, poniendo rumbo a Shamersville, donde le esperaba un suceso que, no por esperado, le iba a dejar indiferente...

# Capítulo 6





= La habitación de Darren =

—¡Jefe! ¡Bienvenido! —saludó Stone en tono alegre, entrando impetuosamente en el despacho y colgando el bombín en el perchero— ¿Qué tal el viaje? ¿Alguna novedad?

Tilman despertó de su letargo y se levantó de la silla para estrechar la mano a su fiel amigo, dándole a su vez un golpecito en el hombro.

—Estupendamente, Stone. Nunca viene mal un viajecito. Usted debería hacer lo mismo de vez en cuando.

—Ya habrá tiempo para eso, jefe. Y bien, ¿tenemos algo nuevo?

Tilman explicó detenidamente a Stone todo lo que había sacado en claro de la lectura en los libros de su querido profesor.

Stone quedó atónito con los descubrimientos de Tilman, tanto que, en su rostro se atisbaba cierta palidez.

—Entonces eso quiere decir...

Tilman cortó fulminante la frase de su colega.

—Eso quiere decir que tenemos mucho trabajo por hacer, y que hay que impedir que esto se nos vaya en el tiempo, porque lo podríamos lamentar. Si no lo paramos de inmediato, esto puede convertirse en un caso especialmente grave.

Stone lo miraba aturdido, y cuando salió de su estado de ensimismamiento, dijo con voz firme:

—Yo también tengo una novedad, jefe.

—Y ¿a qué espera para contármelo?

—Verá, jefe, hace un par de días, pocas horas después de que usted emprendiera el viaje a Lithertown, hubo un allanamiento de morada en casa de los Hunter. Al parecer, aprovechando que no había nadie en la casa, entraron por el muro trasero del jardín.

Ahora era Tilman el que miraba atónito a Stone.

—Prosiga...

—Al parecer, rompieron uno de los cristales de la puerta que hay debajo del porche trasero y accedieron a la casa.

—¿Se llevaron algo de valor?

—Ahí está el asunto, jefe... no se llevaron ni tocaron absolutamente nada... nada excepto la habitación del niño, Darren, que estaba toda revuelta. Cajones sacados, ropa regada por el suelo, el camastro volcado... un

verdadero desastre.

Tilman no daba crédito.

—¿No han echado nada en falta, Stone?

—Parece ser que no, jefe. Marie se percató de lo ocurrido al volver de la tienda e inmediatamente vino a avisarnos.

—¿Pennan está al corriente?

—Sí, jefe, está investigando el asunto.

La mañana era especialmente fría, las nubes cubrían con una fina capa los cielos de Shamersville, y la ligera brisa que corría hacía que la sensación de fresco fuese más acusada.

Yo estaba sentado encima de unas piedras de Fog River, meditando, con la mirada perdida, cuando alguien me dio un leve golpecito en la espalda.

—¿Hoy no juegas con tus amigos, Darren?

Era Tilman que, sigiloso como un gato, había llegado hasta allí sentándose a mi lado.

—Buenos días, señor Tilman. No, hoy no tengo ganas de jugar con nadie —le dije, acongojado por todo lo que estaba sucediendo.

—Bueno, tranquilo pequeño, no temas por nada. Lo que ha pasado suele suceder a menudo. —Tilman me mintió para hacerme sentir mejor.

Charlamos durante un largo rato sobre bastantes cosas. Tilman preguntaba y yo respondía, experimentando una sensación de alivio con cada una de mis respuestas, a pesar de que seguía sin tener el valor suficiente para contarle el trance por el que estaba pasando mi amiga Brianna.

Antes de despedirse, el detective me obsequió con algo que me hizo especialmente ilusión.

—Mira, Darren, esto es tuyo. Me lo ha dado un buen amigo para ti.

Tilman sacó entonces un libro marrón y lo posó sobre mis rodillas.

¡No podía creerlo! Eran más aventuras de Gilbert y, en este caso, al libro no le faltaba ninguna de sus páginas.

—¿Vas para casa?

—Sí, señor.

—Pues vamos, te acompaño.

Agradecí con una sonrisa el gesto del detective que, poniendo la mano sobre mi hombro, me acompañó por el camino hasta llegar a casa, mientras le contaba mis aventuras.

Estaba deseando subir al desván para dar buena cuenta de las nuevas historias de Gilbert. Me esperaban miles de batallas que librar con mi reluciente espada.

Pero ¿para qué querría conocer el detective mi rincón secreto?...

—¡Hola, madre!

La mirada de mi madre se encontró con la sonrisa de Tilman en la puerta de casa.

—¡Detective! ¿Usted por aquí?

—Sra. Hunter. Un placer volver a verla. ¿Puedo pasar?

—Claro, por supuesto, pase.

—No les quitaré mucho tiempo, simplemente, me gustaría echar un vistazo a la habitación del pequeño y al cristal roto, simplemente eso.

—Pues yo encantada, detective, pero la habitación está recogida y el cristal ya está repuesto.

—Vaya, en este caso he llegado tarde —dijo Tilman, con una leve sonrisa.

—Darren, hijo, ¿y ese libro?

—Me lo ha regalado el señor Tilman.

—Gracias, detective, no tenía que haberse molestado...

—No es molestia, Sra. Hunter, un amigo me lo regaló para Darren.

—Por cierto, me gustaría ver dónde lee y juega este jovencito. Me ha dicho que es un lugar muy especial.

—Bueno, en el desván, nada del otro mundo. —Mi madre sonrió expectante.

—¿Podría echarle un vistazo? Darren me ha contado sus aventuras y ahora me ha entrado la curiosidad.

Mi madre accedió no de muy buen gusto, puesto que el desván estaba bastante sucio y no quería que nadie de fuera lo viese todo tan dejado. Marie tenía pánico a los ratones, y nunca quería subir allí a limpiar.

El detective subió conmigo las escaleras, dejando fuertes crujidos tras sus pasos.

—¡Vaya! Qué lugar tan mágico, Darren.

—Sí, aquí es donde juego, detective. Y mire, aquí tengo el libro de Gilbert al que le faltan las hojas. —Tilman asintió.

—¿Y ese otro libro?

—Lo encontré el otro día debajo de un baúl, y hasta tiene una foto dentro.

—¿Una foto? ¿Y puedo verla?

—Claro, se la enseñaré, pero guárdeme el secreto...

—¡Chsss! —Siseó Tilman, poniendo su dedo índice sobre los labios—.

No diré ni una palabra, prometido.

El detective Tilman echó un vistazo a la foto, y en el reverso de esta se podía leer:

Leslie Callagher, La Casona, 1864.

—Bueno, capitán Darren, es hora de marcharme. Gracias por enseñarme tu rincón secreto. Prometo regalarte más libros de aventura.

Me despedí agradecido del señor Tilman que, tras despedirse de mi madre, volvió su mirada desde la calle para echar un último vistazo a la casa. Parecía pensativo, como si algo no muy bueno le rondara por la cabeza. Finalmente, comenzó a caminar rumbo a la plaza.

—¿Leyendo, Stone?

La figura de Tilman apareció por sorpresa en la puerta, mientras Stone daba un respingo en la silla, donde llevaba un rato absorto en la lectura.

—¡Jefe! No le esperaba tan pronto.

—¿Qué está leyendo con tanta concentración, Stone?

—Es el «The Strand Magazine», jefe.

—¿Usted también con eso? ¿No es ese el magazine mensual que salió a la venta hace apenas unos años?

—Así es, jefe.

—Y ¿qué hay tan interesante en sus páginas para mantenerle tan atento, Stone?

El capitán sonrió y se acercó a Tilman como un niño con juguete nuevo, para contarle mientras le enseñaba su interior.

—Mire, jefe, contiene relatos de Conan Doyle, sobre un detective con una inteligencia innata a la hora de resolver los casos.

—¡Ah! ¿El famoso Hones, ese del que habla todo el mundo?

—Holmes, jefe, se llama Sherlock Holmes.

—Eso... Hones. ¿No es usted mayorcito para leer ese tipo de fantasías, Stone? Tanta ficción le va a volver loco.

—Sabe, jefe... me recuerda tanto a usted... —dijo Stone, en tono de admiración.

Por alguna razón, Tilman se enorgulleció de las palabras de Stone. No en

vano, el tal «Hones» ya era una celebridad en toda Inglaterra. El magazine había logrado vender cerca de trescientos mil ejemplares tras la publicación de sus relatos cortos, como el misterio de Cooper Beeches.

Sin duda... Tilman se sintió halagado, aunque, haciéndose el desentendido, dio por finalizada la conversación.

—Muy bien, Stone, ahora deje sus aventuras fantásticas y vamos a trabajar. —Tilman se giró, dando la espalda a Stone mientras sonreía.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo, jefe?

—Fui a hacer una visita a casa de los Hunter.

—¿Y cómo ha ido?

—Digamos que tal y como me lo esperaba.

Tilman se dirigió al perchero para coger su sombrero.

—¿Va a volver a salir, jefe?

—Sí. Creo que hay algo que no debe esperar. Usted quédese aquí, no quisiera que viniesen a avisarnos y no estuviésemos presentes. Cualquier cosa urgente que surja vaya a la morgue. Necesito hacer unas preguntas a mi querido amigo Adam.

—¿Va a visitar al señor Rich?

—Así es Stone, cualquier novedad vaya de inmediato.

—Tranquilo, jefe, así lo haré.

Tilman salió del despacho en dirección a la morgue para aclarar ciertos asuntos que hacía tiempo le rondaban la cabeza.

—¡Querido Adam!

—Tilman, ¿qué te trae por aquí?

—¿Podrías dejarme leer todo lo que tengas sobre la autopsia de Logan Hunter?

El forense miró a su amigo con cara de sorpresa.

—Veamos... Si no recuerdo mal, han pasado ya unos dos años de la muerte del señor Hunter...

—Dos años y medio exactamente, Adam.

Adam Rich abrió uno de los cajones metálicos del armario archivador y buscó con mimo.

—A ver... Hardin... Helmer... Holder... ¡Hunter! ¡Logan Hunter! ¡Aquí está! Fallecido el 23 de abril de 1897. Causa de la muerte: Desconocida.

—Sí, pero que más, Adam, debe haber algo más. —Rich siguió pasando

las hojas del informe forense.

—Este caso no lo llevé yo, Tilman —dijo Rich, mientras pasaba atento las hojas—. La autopsia la realizó Palmer, un antiguo compañero.

—A ver, a ver... sí, aquí hay algo más. Encontrado cuerpo de varón, cuarenta años. Pupilas dilatadas, excesiva sudoración y necrosis de los maxilares internos. Examinada su sangre se halla en ella algo parecido a una infección debida a un virus desconocido. Después de varias pruebas, se determina clasificar la causa de la muerte como: Enfermedad rara (Desconocida).

—¡Un momento!

—¿Qué pasa, Adam?

—Aquí pone que el cadáver presentaba excesiva sudoración, y tenía las pupilas dilatadas.

—Háblame claro, Adam. Me tienes en ascuas...

—Pues que cuando un cadáver presenta esos síntomas, y máxime cuando este tiene necrosis maxilar, es debido a algún tipo de envenenamiento.

La cara de Tilman, denotaba entusiasmo.

—¿Puedes asegurarlo al cien por cien, Adam?

—Totalmente. Parece que Logan Hunter fue envenenado con toda probabilidad.

—¡Asesinado! —exclamó Tilman, con los ojos abiertos como platos.

—Si prefieres llamarlo así. Verás, Tilman, por los síntomas que aquí se reflejan, un forense como el señor Palmer debería saber que este envenenamiento es debido a que el difunto estuvo ingiriendo durante mucho tiempo algo que contuviera fósforo. Seguramente, el cuerpo tuviera ictericia, un color amarillento en la piel y las mucosas. Además, debería mostrar claros signos de equimosis, que son los mal llamados moratones.

—¿Hematomas?

—Así es, querido Tilman. En fin, amigo mío, queda claro que es prácticamente seguro que el señor Hunter fue envenenado de una manera lenta y progresiva. ¿Recuerdas cuánto tiempo estuvo enfermo, Tilman?

—Pues... cerca de año y medio, Adam. Decían las chismosas del lugar que no paraba de vomitar y que le daban taquicardias.

—Otras dos muestras más de que Logan Hunter se envenenó de alguna manera con algo que contuviera fósforo.

Tilman quedó pensativo por un momento.

—Va a ser más complicado de lo que parece... —Dejó caer el detective,

casi murmurando.

—¿Algún problema, Tilman?

—Pues que el señor Hunter trabajaba en la fábrica de cerillas de Pothsire.

—Bueno, pues esa podría ser la respuesta al envenenamiento.

—Ya... y en ese caso, y con todos los datos que tú me has comentado, ¿cómo es posible que el señor... Palmer, no se diera cuenta de ello?

—Desde luego, es incomprensible.

—¿Sabes dónde podría encontrarlo?

—Ya no ejerce. Era algo mayor y, definitivamente, se retiró a una pequeña casa al otro lado de Fog River. Ahora cuida de algo de ganado y un puñado de gallinas. Era buen amigo del padre Murray.

—¿Del padre Murray?

—Sí, incluso creo que él fue quien lo trajo a Shamersville para ejercer de forense en la zona.

Tilman se disponía a dar las gracias a Rich, cuando la figura de Stone hizo su aparición con claros signos de cansancio.

—¡Stone! ¿Qué sucede?

—No tema, jefe. ¿No se ha dado usted cuenta de la hora que es?

—¡Vaya! Es tardísimo.

—He imaginado que estaría todavía aquí, y he decidido venir para ver si comíamos juntos.

—A ver cuando se decide usted a invitar a Marie en vez de a su jefe, Stone —dijo Tilman, mientras guiñaba un ojo a Rich, que carcajeaba sin parar.

# Capítulo 7





El otro lado de Fog River era bastante temido por sus habitantes. Las historias de almas que vagaban entre la niebla y lo frondoso del bosque ponía los pelos de punta a más de uno. Allí se dirigían Tilman y Stone, a pesar de que sus atuendos de etiqueta no eran los más indicados para atravesar aquel pringoso barrizal.

—¡Maldita sea, Stone! Por aquí no hay quien camine. —Al capitán se le escapó una carcajada.

—Jefe, qué pensaba, ¿que íbamos de compras a la ciudad?

—Cállese y ayúdeme a cruzar este charco...

Stone no podía contener la risa cuando, al darse la vuelta para ayudar a cruzar a Tilman, vio que se había remangado los pantalones por la rodilla, dejando ver sus calcetines de rombos hasta la espinilla, mientras este no paraba de refunfuñar.

—Vamos, jefe, no sea usted cascarrabias —dijo Stone, que por el semblante de su cara se lo estaba pasando en grande.

—Allí se vislumbra algo, ¿verdad?

—Sí, jefe, parece el muro de una casa.

—Ahí debe ser, Stone... Pero ¿qué narices...?

Tilman miró hacia el suelo, sacudiéndose la pierna. Stone ya no pudo aguantarse más, y la carcajada sonó con fuerza. De entre la niebla había aparecido un cerdo negro y gigantesco, de la raza Berkshire, con las pezuñas blancas, que mordía uno de los botines de Tilman.

El capitán carcajeaba sin parar.

—¡Maldita sea! ¡Deje de reírse y ayúdeme a quitarme este bicho de encima!

Tras el encuentro inesperado llegaron a la entrada de la casa que, más que casa, era como un refugio de montaña, rodeada por varias cercas techadas donde se guarecían los animales.

Mientras se acercaban sigilosos a la puerta, comprobaron que estaba totalmente construida de piedra y adobe.

—Está abierta, jefe...

—¿Hay alguien ahí? ¿Hola? Parece que no hay nadie, Stone.

—¿Hola? ¿Señor Palmer? —El silencio era total.

—Señor Palmer, soy el detective Alfred Tilman. Vengo con mi

compañero Stone, necesitamos hablar con usted. —La voz del detective resonó haciendo eco en el interior de la casa y, breves segundos después, apareció una sombra oscura al final del pasillo que se acercaba con paso firme hacia ellos— ¿Señor Palmer?

—Sí, soy yo. ¿Quién me busca? —La voz del señor Palmer hizo eco en las paredes frías del pasillo, mientras al llegar casi a la altura de los detectives, la oscura sombra se iba transformando en la figura de un anciano decrepito— ¡Estaba echando de comer a los cerdos!

Las miradas de Tilman y Stone se cruzaron, con la consiguiente sonrisa de Stone, recordando el trance de hacía unos minutos.

El señor Palmer vestía de manera andrajosa. Los harapos que llevaba sobre su cuerpo no podían disimular su dejadez. La mugre lo rodeaba por completo, y el olor que desprendía era mucho peor que el de los cerdos que cuidaba. Barba muy larga, desaliñada y amarillenta, que denotaba cierto vicio por el tabaco.

¿Cómo es posible que todo un exforense tuviera semejante aspecto?

—Buenos días, señor Palmer. Soy Alfred Tilman, detective. Y este es mi ayudante, el capitán Edward Stone.

—Ya... ¿y qué quieren? —preguntó el anciano en tono cortante, mientras encendía la pipa.

—¿Podemos pasar? Tenemos unas preguntas que hacerle.

—Sí, pasen. Pero límpiense los zapatos antes de entrar. No quiero que me ensucien la casa de barro.

Tilman y Stone se miraron en silencio, atónitos, ya que la casa era lo más parecido a una verdadera pocilga.

El anciano los pasó a una habitación contigua que, al parecer, era donde este pasaba la mayor parte de su tiempo. Un camastro, una mesa con dos sillas raídas, una chimenea donde el fuego ardía con viveza y, sobre el poyete de esta, una botella de whisky James Buchanan; algo que llamó la atención a Stone, puesto que ese tipo de whisky se empezó a abastecer apenas unos años antes, y solo al Parlamento Británico y la Casa Real, por lo que era de suponer que se trataba de una mala imitación.

—Pregunten, que no tengo todo el día —dijo Palmer, mirando a Tilman con cara de pocos amigos. El detective tomó la palabra.

—Señor Palmer, usted era el forense encargado de la morgue hasta hace un par de años, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cómo consiguió el trabajo, Palmer?

El viejo miró a Tilman con cierta amargura en su rostro.

—Él me lo dio.

—¿Él?

—Sí, el sacerdote.

—¿El padre Murray?

—Efectivamente.

—¿Eran ustedes amigos?

—Usted lo ha dicho, éramos... ya no tengo nada que ver con ese señor.

—Parece que su amistad no acabó nada bien, señor Palmer ¿Tuvieron algún problema tan especial como para perderla?

—No voy a hablar de eso. ¡No me da la gana! —El anciano, por primera vez, apartó la mirada de Tilman, con nerviosismo y negando repetidamente con la cabeza.

—Está bien, tranquilícese Sr. Palmer, no hemos venido a indagar sobre eso. ¿Hizo usted la autopsia de Logan Hunter?

A pesar de la suciedad de su tez, se atisbó en el anciano cierta palidez ante la pregunta del detective.

—Sí, fue la última que hice en ese lugar infernal.

—¿Recuerda usted las causas de la muerte, señor Palmer?

—No recuerdo bien. —El anciano hizo una breve pausa antes de continuar—. Vagamente recuerdo que fue debido a una enfermedad rara.

—En el informe que usted mismo detalló decía que el cadáver presentaba cierto color amarillento, hematomas y necrosis maxilar, ¿es así?

—Puede ser, no recuerdo bien.

—Y usted, Sr. Palmer, como buen forense, sabrá que esos síntomas son los de una persona envenenada, ¿verdad? —Al anciano le temblaban las manos—. Entonces, Sr. Palmer, ¿por qué finalizó usted el informe afirmando que la muerte se produjo por causas desconocidas?

—¡Jamás!, óigame bien, detective... Jamás firmé aquel documento y no quiero saber nada de todo eso. Hace tiempo que me retiré y ahora solo quiero dedicar el tiempo a mis animales. Así que, por favor, ¡márchense! ¡Márchense de aquí! No puedo perder más el tiempo con ustedes.

El viejo Palmer salió corriendo a la puerta de la entrada para que Tilman y Stone se marcharan. Enfurecido, echó a los detectives a empujones, mientras daba un portazo a la puerta.

Tilman y Stone aún no conseguían articular palabra ante la reacción del

anciano. Quedaron quietos en la entrada de la puerta, mirándose mutuamente. Al fin, Stone rompió el silencio.

—Parece que no hemos podido sacarle nada, jefe.

—No crea, Stone... yo diría que le hemos sacado demasiado —afirmó Tilman, con media sonrisa y guiñando un ojo al capitán—. Volvamos al despacho, Stone. Hay que empezar a unir algunas piezas. Creo que ya van encajando...

—Ha sido usted muy puntual, mademoiselle. Permítame decirle que está usted preciosa. —A Stone le temblaba el habla y no era para menos. Había conseguido una cita con Marie y eso le llenaba de felicidad.

—¡Merci, capitán! —agradeció escuetamente Marie, girando la sonrosada mejilla hacia el hombro, señal inequívoca de su timidez.

Estaba realmente guapa. Lucía en la cabeza un bonete de pascua, tan famoso entre las jóvenes de la época y, por debajo del mismo, caía en largos tirabuzones su brillante melena negra por encima de los hombros. Las muchachas de entonces ya empezaron a liberarse de prendas como la crinolina y a evitar por lo tanto el polisón, que tanto les limitaba el movimiento. Marie iba simplemente con enaguas y un precioso vestido rosa de tirantes que resbalaban por los hombros debido a la suavidad de su piel. Unos botines blancos acordonados y un cierto toque de perfume de lirios ponían la guinda a la espectacular muchacha.

—Bien, Marie, ¿damos un paseo?

—Por supuesto, capitán.

—Por favor, no me llame capitán. Edward, llámeme Edward.

—De acuerdo, Edward —asintió Marie, esbozando una delicada sonrisa.

Tilman se afanaba en ordenar la mesa del despacho, mientras se le ocurrió la idea de subir a La Casona. Era domingo y, puesto que Stone había desaparecido sin dar señales de vida, no iba a quedarse aburrido dando vueltas a las cosas. Además, más tarde o más temprano debía hacer esa visita. El detective se puso el abrigo, cogió el sombrero del perchero y se encaminó colina arriba, rumbo al psiquiátrico de Shamersville.

El detective se paró para recuperar el aliento tras la subida, mientras echaba un vistazo general a la imponente estampa de La Casona. Fría, de

paredes blancas y desconchadas. También se podía divisar en su exterior varias galerías laberínticas que la rodeaban de lado a lado y de arriba abajo, acompañadas por decenas de balcones con barrotes de forja. El detective se encaminó a la escalinata de la puerta, donde tres pilares redondos sujetaban a cada lado el inmenso techado de la recepción.

—¡Alfred Tilman! ¡Qué sorpresa!

Una enfermera rechoncha, con los carrillos colorados y de aspecto afable se dirigió a Tilman con los brazos extendidos.

—¡Norah! Querida Norah, no te hacía en La Casona. Pensé que te habías marchado para siempre de Shamersville... —Tilman recibió sin piedad un efusivo abrazo de la corpulenta enfermera.

—Sí, pero volví hace unos meses. Ya sabes que pasé aquí media vida y ahora quería regresar a casa.

—¿Te has instalado en casa de tu hermana de nuevo?

—Así es, Alfred. —La enfermera se acercó al oído de Tilman y le susurró—: Creo que echaba de menos nuestras peleas. Supongo que vendrás por lo de la chica aquella que apareció muerta en los sótanos, ¿verdad?

—Más o menos, Norah. Si te he de ser sincero, me vienes caída del cielo. —Tilman sonrió.

—Pues adelante, Alfred. Tengo cambio de turno en veinte minutos. Si te parece, me esperas fuera en el jardín y enseguida estoy contigo, ¿te parece?

—¡Estupendo! Entonces, te espero...

Tilman salió al jardín, donde los pacientes en mejor estado mental disfrutaban de la visita de sus familiares. El día, aunque frío, era espléndido, y el sol que daba en el rostro era como una bendición. El detective se sentó en un pequeño banco entrelazando una pierna por detrás de la otra, mientras movía el bastón, jugueteando con las hojas caídas sobre el césped.

A los pocos minutos, Norah apareció por detrás, despertándole de su letargo.

—Y bien, Alfred, ya estoy aquí. ¿En qué puedo ayudarte?

—Tú estabas trabajando aquí en el año 1864, ¿verdad, Norah?

—Efectivamente, tengo cincuenta y siete, pues por aquella época tendría yo unos... veintidós años. Llevaría un par de años trabajando ya aquí en La Casona, era una niña cuando comencé —comentó la enfermera, con cierta nostalgia.

—¿Recuerdas conocer a una mujer llamada Leslie Callagher?

—Leslie... Leslie... no recuerdo bien...

Tilman metió su mano en el interior del abrigo y sacó una fotografía, mientras me pedía perdón de pensamiento por quitarme la foto del desván...

—Mira, Norah, esta es la mujer. ¿La recuerdas?

La enfermera miraba la foto intentando hacer memoria.

—No, no recuerdo nada, Alfred, de verdad que lo siento...

—Tranquila, Norah.

—¡Un momento!

—¿Has recordado algo?

—No, pero el sacerdote sí sé quién es. Con treinta y cinco años menos, pero es él.

—¿Quién es, Norah?

—El Padre Murray. Sí, estoy convencida de que es él. Recuerdo que entre las compañeras había murmullos porque era un joven muy guapo. Incluso las chicas bromeaban, decían que era un desperdicio que se hubiera hecho sacerdote. Es él.

—Muchas gracias, Norah, me has servido de gran ayuda. Quisiera pedirte un último favor.

—¡Dispara, detective! —exclamó Norah, en tono divertido.

—Me gustaría que comprobaras los archivos de aquel año, a ver si encuentras algo de información sobre esta señora, Callagher, ¿podrías hacerlo?

—Es un tanto complicado acceder a los archivos, pero no te preocupes, tengo buenos amigos aquí que pueden ayudarme. En cuanto sepa algo te mando a alguien para que te lo haga llegar de inmediato.

—Eternamente agradecido, amiga mía. Me ha encantado poder verte tan joven y tan guapa.

—No me seas adulator, Alfred, que una ya tiene sus añitos... Me alegro de haberte visto, amigo. En cuanto sepa algo te lo hago llegar.

Tilman se despidió con otro abrazo apretado de la enfermera menuda y echó a andar ladera abajo, resoplando, pero esta vez de alegría al no tener que subir ninguna pendiente.

La algarabía a la salida de misa iba en aumento, no en vano, aquel día en la plaza actuaban los Mummers plays; mimos que hacían las delicias de grandes y pequeños con actuaciones diversas y juegos sorprendentes.

—Detective, lo veo a usted sofocado. ¿Le traigo una limonada?

—No, Sra. Hunter, muchas gracias. Voy de camino a casa. He salido a dar un paseo por el campo y me he alejado demasiado.

—Tenga, quédese la mía, está llena, yo iré a por otra.

El detective no quiso ser grosero y aceptó la limonada de mi madre.

—Señor Tilman, bienvenido, ¿lo está pasando bien?

—Buenos días, padre Murray, sí, está todo muy bien organizado. Lamentándolo mucho yo voy a tener que dejarles, el deber me llama... Por cierto, padre, sale usted muy bien en esta fotografía... —Tilman enseñó la fotografía al padre Murray y este palideció por momentos.

—¿De dónde ha sacado usted eso, detective?

—La encontré caída del tablón de anuncios de las fiestas y la rescaté de una manada de niños que iban a pasar corriendo por encima de ella. Guardo fotografías de todos mis convecinos para montar un gran álbum de recuerdo.

Los dos eran conscientes de la farsa del detective y sonrieron irónicamente.

—¡Ya estoy aquí! —exclamó mi madre sonriendo, atisbando cierta tirantez entre el padre y el detective—. ¿Ocurre algo?

—Nada, Sra. Hunter, absolutamente nada. Tengo que regresar a casa, no debo retrasar por más tiempo las obligaciones domésticas. —Tilman agarró ligeramente el borde de su sombrero y se despidió—. Sra. Hunter... padre Murray...

—¿Ha pasado algo?

—Nada, Lisa, no ha pasado nada —contestó el padre Murray a mi madre, con la sonrisa irónica aún en su rostro y la mirada fija en el detective, viendo cómo se alejaba entre la multitud.

¿Qué le había hecho ponerse tan nervioso al padre Murray al ver esa fotografía?

# Capítulo 8





= Punto y seguido =

El llamador de la casa de Tilman sonó por tercera vez.

—¡Voy, voy! ¿Quién será a estas horas de la noche?

—¡Stone! ¿Qué sucede? Viene hecho un asco...

—Jefe...

—¿Qué pasa? ¡Maldita sea! ¿Quiere hablar de una vez?

—Verá, jefe, volviendo de dejar a Marie en su casa...

—¿A Marie? Pero...

—Ya se lo contaré en otro momento, jefe. Ahora, escúcheme. Al volver de dejarla en casa he oído un grito desgarrador procedente del embarcadero. He corrido hasta allí, pero cuando iba a llegar, alguien ha salido de la oscuridad y me ha empujado, haciéndome caer. Al levantarme y caminar unos metros, he visto la figura de una mujer tirada entre la maleza. No tiene pulso, ¡está muerta!

—¿Muerta? Vamos, Stone, no hay tiempo que perder. ¿Ha dejado el cadáver solo?

—No, jefe, aprovechando que aún estaba la fiesta en la plaza, he podido encontrar a Liunbert y Scholes, que ya han avisado a Pennan.

—Vamos, no quiero dejar mucho tiempo el cadáver en manos de semejante incompetente.

—¡Tilman! ¿Cómo usted por aquí? Qué extraño, no le esperaba...

La sempiterna ironía del comisario sacaba de quicio a Tilman, aunque ya había aprendido a hacer oídos sordos y no contestarle.

—¿Una mujer?

—Otra mujer... Tendremos que esperar las primeras luces del día para poder rastrear cualquier tipo de pista. —Por una vez en la vida, Tilman estaba de acuerdo con el rechoncho comisario. Allí, bajo el embarcadero abandonado, entre la niebla y con tanta maleza, era prácticamente imposible divisar cualquier tipo de prueba—. Ya estamos haciendo un cordón de seguridad para que nadie pase, aunque la gente esta noche está demasiado ocupada con el baile. Confiemos que no se corra la voz. Márchese a descansar, Tilman, aquí no hacemos nada parados toda la noche. Yo también iré a descansar. Liunbert y Scholes se quedarán aquí con los compañeros para

que nadie toque nada.

—Sí, jefe, vaya a descansar, yo me quedaré con ellos.

—Usted vaya a descansar también, Stone. Aquí no hacemos nada.

—Prefiero quedarme, comisario, si no es molestia —solicitó el capitán a Pennan, mientras guiñaba un ojo a Tilman.

—Como quiera. En ese caso les haré llegar café y mantas para que pasen la noche.

—¡Gracias!

Empezaba a amanecer cuando Tilman hacía acto de presencia en el embarcadero.

—¿Alguna novedad, Stone?

—Nada, jefe. Algún niño curioseando, pero poco más. Todo en orden.

—Vaya usted a descansar, que lo quiero pronto de regreso.

—Gracias, jefe, pronto estaré de vuelta.

El capitán se marchó a intentar dormir. La noche había sido tranquila, pero la humedad del río la hizo bastante desagradable, a pesar de las mantas y los pequeños descansos en el auto policial.

—¿Vuestro jefe no ha venido?

—No, detective —contestó Liunbert, con cara de fastidio.

En cierta manera, el detective se alegraba de que Pennan no estuviese allí para molestarle.

Se acercó al cadáver de la joven para examinarlo, aunque ya intuía qué es lo que iba a encontrar. Retiró la maleza con el bastón y levantó la manta con la que estaba cubierta. Allí estaba, tendida boca abajo, entre los matorrales, con la ropa desgarrada y el cuerpo lleno de rasguños. Era una muchacha muy joven, apenas de unos veinte años de edad, ¡otra más!

Le dio cuidadosamente la vuelta y, al caer por su propio peso, dejó a la vista la falta del brazo izquierdo. El detective cerró los ojos azulado de la víctima, que reflejaban la viva imagen del terror. Luego, cerró los suyos, como si quisiera desaparecer.

Sacó fuerzas de flaqueza y miró el cuello de la víctima. Allí estaban las letras.... TENEBRAE MORTIS... La impotencia se apoderó de él y se retiró de la zona. Se sentó en las tablas roídas, al borde del viejo embarcadero, en silencio, con la mirada perdida.

El alboroto hizo que el detective se diese la vuelta.

—¡Vamos! No se queden ahí mirando. ¡Ayúdenme a bajar!

El comisario Pennan había subido con dificultades la hondonada del embarcadero, pero la bajada era especialmente pronunciada, al mínimo traspié saldría rodando para dar con su orondo cuerpo en las aguas del río. Sus dos inseparables policías le ayudaron, cogiéndolo cada uno de un brazo.

—¿Qué tenemos?

A buen seguro que por las cabezas de Scholes y Liunbert se pasó la idea de contestarle:

Sueño y frío.

Finalmente, se limitaron como de costumbre a contestar pacientemente.

—Algunas huellas en el barro y en el cadáver, evidencias similares a las de los otros cuerpos. Seguimos rastreando la zona por si encontramos algo más. Alguien empujó a Stone, y ha debido dejar algún rastro.

—¿Qué le sucede a Tilman?

—Inspeccionó el cuerpo de la chica y se sentó allí hace un buen rato.

—Vamos a ver qué nos cuenta. Ustedes ayuden al señor juez en todo lo que les pida, ¿entendido?

—¡A la orden, comisario!

—¿No ha descansado bien? —preguntó Pennan en tono cordial.

—No mucho. Todo esto me tiene un poco preocupado.

—¿Usted también piensa que manejamos el caso de un asesino en serie?

—No exactamente, pero sí algo que se le asemeja mucho.

—¿No me negará que tres cadáveres con miembros amputados y la misma marca en el cuello, indican claramente que nos hallamos ante un caso así?

—No se lo niego, comisario, pero hay otras cosas que apuntan a un final precipitado de los asesinatos.

—¿Cómo dice?

—Que, si no me equivoco y no lo remediamos pronto, habrá otro asesinato, si no lo ha habido ya... —Pennan miró a Tilman con cara de sorpresa.

—¿Qué le hace pensar eso, detective?

—Muy pronto se lo haré saber todo, inspector, muy pronto.

—No quiero que me oculte información. Estamos juntos en esto.

—No se preocupe, tendrá toda la información en cuanto verifique algunas cosas.

—Espero que así sea, porque todo esto ya nos está ocupando demasiado

tiempo.

—Y el que nos queda, inspector, el que nos queda. Esto solo ha sido un punto y seguido.

Tilman se levantó, alejándose del embarcadero.

—Amy McLaughlin...

—La tercera víctima, Stone.

—Pero ¿por qué ese loco se ha empeñado en matar de una forma tan horrible a las muchachas jóvenes, jefe?

—Ya se lo expliqué, capitán... necesita cuatro vírgenes y lleva tres. O mucho me equivoco o, al menos, le quedan otras dos si no logramos detenerle.

—Pero, jefe, ¿dos? Si lleva tres, ¿cómo le van a quedar dos? —preguntó Stone angustiado.

—La gran dama, Stone, la gran dama...

—Mire, jefe, lo olvidaba. Al quitarme la chaqueta encontré esto enredado en uno de los botones.

—¿De qué se trata?

—Es un trozo de gasa gris, tras lo de anoche, en el embarcadero.

—¿De la persona que le empujó?

—Es muy probable, jefe.

—Interesante. Se lo llevaremos a Pennan, para que no diga que le ocultamos nada.

El capitán dibujó una sonrisa cómplice en su rostro, sabedor de que había muchas cosas sobre el caso que el comisario desconocía.

La puerta del despacho se abrió bruscamente.

—¿Sra. Foster! ¿Qué le ocurre?

—Perdóneme, señor Tilman, se me olvidó entregarle este telegrama que llegó esta mañana a primera hora.

Tilman miró con gesto contrariado a la señora Foster, pero no se lo tomó en cuenta. Sin la señora Foster, el despacho sería un auténtico desastre.

—Está bien, no se preocupe, puede marcharse a casa.

—¡Gracias, señor! —El detective palideció al abrir el sobre, y una lágrima resbaló por su mejilla.

—¿Qué sucede, jefe? ¿Qué le ocurre?

- Es mi amigo Harvey... ha fallecido.  
—¿El señor Clayton? Cuánto lo siento...  
—Voy a marcharme a casa, Stone.  
—¿Quiere que le acompañe?  
—No, gracias capitán, necesito estar a solas.  
—Como usted quiera, si me necesita...

Tilman asintió con la cabeza mientras recogía el abrigo, saliendo cabizbajo del despacho.

Un salón acogedor, con una inmensa chimenea en plena actividad que desprendía un agradable calor y bienestar. La oscuridad del ocaso empezaba a penetrar por el ventanal, cubierto por una cortina espectacular en tonos verdosos. En el suelo, una alfombra Ghashghai con estampados, que por su aspecto podría haber costado un dineral, no en vano, era importada de Oriente Medio. Muebles de madera maciza con grabados en bronce. Sin duda, el detective Tilman tenía una casa realmente bella.

Después de ajustarse el cinturón del batín se dejó caer, balanceando lentamente su cuerpo en la hamaca. Girándose de medio lado cogió la licorera del Royal Salute, que era un exquisito whisky escocés, y dejó caer unos chorros en el vaso. Prendió su pipa y se relajó.

Tilman estaba desolado por la muerte de su buen amigo y había decidido que aquella noche no quería hacer absolutamente nada. Trago a trago fue metiéndose en sus recuerdos, en su mundo interior, intentando recordar las historias que había vivido con su querido profesor. A veces, salía de su boca una carcajada provocada por los recuerdos y las hazañas compartidas, hasta que poco a poco fue quedándose dormido a causa del cansancio y el exceso de tragos.

*«Amicitiae nostrae memoriam spero sempiternam fore»*  
*«Espero que la memoria de nuestra amistad sea eterna»*

- Buenos días, jefe, ¿ha descansado usted? No le veo buen aspecto.  
—No muy bien, amigo mío, no muy bien.  
—Iba a tomar café, ¿le preparo uno?  
—Sí, por favor, me vendrá bien despejarme un poco.

Se disponían a tomar el café, cuando un sobre entró sin previo aviso bajo la puerta del despacho. El capitán se acercó rápidamente a la puerta, pero al abrir ya no había nadie.

—No hay nadie.

Tilman se asomó por la ventana y vio a un niño corriendo camino abajo.

—Y bien, ¿qué dice la nota, Stone?

—No entiendo nada de lo que dice, jefe. ¿Quiere que se lo lea?

—Adelante...

—Leslie Callagher era una paciente de La Casona y la pequeña es su hija, Allison Callagher. Pero hay algo más que deberías saber. A las doce y diez en el banquito, junto al embarcadero. Norah.

—¿Qué hora es, Stone?

—Las diez y media.

—Bajaré dando un paseo, mientras tanto, vaya ordenando un poco cronológicamente todos estos documentos.

—De acuerdo, jefe.

—¡Buenos días Norah! ¡Hace un frío que pela!

—Querido Alfred, he estado a punto de ser uno de tus cadáveres. Si tardas cinco minutos más, me encuentras hecha una estatua —comentó sonriendo la enfermera, con su habitual gracejo.

—Bien, Norah, ¿qué es eso tan importante que me tienes que contar? ¿Qué debería saber?

—Verás, Alfred. Como bien te dije, tengo unos compañeros que me han investigado el tema de Leslie Callagher. Al parecer, era una mujer que no estaba en su sano juicio y que, curiosamente, quedó embarazada y dio a luz en el propio sanatorio.

—¿Embarazada dentro del psiquiátrico?

—Efectivamente, Alfred, dentro del psiquiátrico.

—Pero ¿eso algo poco común, verdad?

—Muy poco común. Los pacientes no pueden tener visitas sin la supervisión de un celador o enfermera. Mucho menos para esos menesteres, Alfred... —Norah se sonrojó—. Pero ahí no queda la cosa. La niña desapareció del psiquiátrico con seis años, rumoreándose que podrían haberla llevado a Londres. Por lo que se puede saber, la madre falleció semanas después en extrañas circunstancias. Al parecer, la pérdida de la niña le causó

un trastorno mayor y tuvieron que llevarla a una sala incomunicada y separada del resto de pacientes debido a los gritos que profería.

—¿Y la niña?

—Nunca más se supo de ella...

Tilman quedó en silencio, pensativo, mientras masajeaba su barbilla sin parar.

—Espero que te haya servido de ayuda, Alfred.

—No sé cómo agradecerte esto, querida amiga. Digamos que has hecho que se me encienda una bombilla que estaba parpadeando.

—Me alegro de haberte ayudado. Ahora debo volver a casa que es mi día libre y mi hermana iba a preparar un delicioso pudding de castañas. ¿Por qué no te vienes, Alfred? Así podrás saludarla, me suele preguntar bastante por ti desde que le dije que te saludé.

—Tentadora la oferta, amiga mía, pero debo volver al trabajo, Stone estará echándome de menos.

—Me han dicho que es muy guapo ese ayudante tuyo... —Dejó caer la rechoncha enfermera con cara de pícara, mientras Tilman carcajeaba sin parar.

—Querida Norah... el capitán podría ser tu hijo.

—¿Me estás llamando vieja, Alfred Tilman?

El detective volvió a carcajear.

—¡No tienes remedio, Norah!

Los dos se fundieron en un abrazo, no sin antes posponer para otra ocasión la invitación a comer.

—¿Cómo ha ido, jefe?

—Mejor de lo que me podía imaginar. Por cierto, debo marcharme inmediatamente de viaje. Mañana mismo saldré para Londres.

—¿Londres? Y, ¿qué va a hacer usted en Londres?

—Necesito ver a un gran amigo que tengo en Scotland Yard y aprovecharé para hacer unas compras. Necesito encontrar respuesta a un par de preguntas que me rondan la cabeza y creo que allí voy a encontrarlas.

—De acuerdo jefe, si no hay más remedio.

—No lo hay, capitán, mantenga el orden por aquí. En una semana estaré de regreso. No pierda detalle de nada, por lo que más quiera.

—No se preocupe, estaré al tanto de todo.

—Bien, pues entonces, hasta la vuelta, Stone.

—Hasta la vuelta. ¡Cuídese, jefe!



# Capítulo 9



Tilman posó las maletas en el apeadero de la estación de Londres. La London Victoria Station impactaba por su amplitud y belleza. El detective miró su reloj de bolsillo mientras buscaba con la mirada a su buen amigo Henry Gormaley, inspector jefe de policía de Scotland Yard, compañero de estudios y amigo de la infancia.

De inmediato, su rostro se iluminó con una sonrisa...

—¡Henry!

—¡Alfred Tilman! Pero bueno, ¡déjame que te vea bien, viejo sabueso! No pasan los años por ti, Alfred.

—Por ti tampoco, Henry, aparentas diez años menos de los que tienes. Te sienta bien el cargo de inspector jefe, viejo amigo.

—Bueno, últimamente estamos todos un poco revueltos.

—¿El caso del destripador?

—En efecto, el famoso Jack. Ese tipo sigue libre después de once años y después de ochenta detenciones.

—He leído bastante sobre el tema en la prensa. Asunto turbio donde los haya.

—Ni que lo digas, Alfred, ni que lo digas. Pero en fin, seguiremos en la lucha... Ahora vamos a casa, Cheryl nos estará esperando.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, lo va superando, perder a su padre fue un golpe duro, pero poco a poco vuelve a ser la de antes.

Después de los saludos de bienvenida, el mayordomo del inspector se ocupó de subir el equipaje de Tilman, mientras los dos amigos pasaban al salón.

El inspector sirvió un par de whiskies y le pasó uno a su amigo.

—Y bien, sabueso, cuéntame minuciosamente en que puedo ayudarte, en el telegrama me decías que era algo serio.

—Bastante serio, Henry. Algo parecido a «tu» destripador, pero en mi caso sierra las extremidades de los cadáveres después del crimen. —El inspector jefe escuchaba atentamente a Tilman—. Uno de los motivos importantes de mi visita es intentar localizar la dirección donde vivió una tal Leslie Callagher. Me consta que vivió en Londres y, aunque la pista que quiero

seguir es la de su hija Allison, creo que será más sencillo buscar por los documentos oficiales de su madre para dar con el antiguo domicilio de esta.

—Eso está hecho, Alfred, si esa mujer vivió en Londres no dudes de que daremos con el domicilio. Después de comer iremos al archivo. Miraremos primero en nuestra sede por si en el pasado hubiese tenido contacto en temas policiales. ¿De qué año estamos hablando?

—Pues alrededor del año 1860, en esas fechas debería de estar totalmente instalada en Londres según mis informaciones.

La comida se desarrolló en un ambiente cordial y, a pesar de que a Tilman no le gustaba mucho, quedó maravillado con el pudding de frutas que preparó la anfitriona. La Sra. Gormaley era una gran cocinera, a pesar de que ahora apenas pisaba la cocina. Tenían un servicio bastante amplio con dos cocineras interinas, dos mayordomos y un chófer.

—Bien, Alfred, vamos a ver que encontramos. Callagher, Callagher... ¡Premio!

—¿Ya? ¿Tan rápido, Henry?

—Una denuncia vecinal por ruidos en el interior de la casa. —El inspector siseaba la denuncia, mientras Tilman lo miraba con entusiasmo— ¡Aquí está! 327 de Raven Street. Esta zona fue habitada por la clase alta en aquella época. Gente pudiente económicamente. Familias refinadas y adineradas.

—Te estaré eternamente agradecido, Henry, ¿me acompañarás a la vivienda?

—Naturalmente, Alfred.

—No quisiera causarte muchos problemas, tendrás cosas de las que ocuparte.

—Tengo los mejores oficiales a mi cargo, sabueso. No me cabe ninguna duda de que puedo delegar puntualmente el trabajo en ellos. Además, está el subinspector Conally, él se ocupará de todo.

—Bien, pues adelante entonces. Tengo curiosidad por saber acerca del pasado de Leslie Callagher. Creo que en esa casa hay algo relacionado con mi caso...

Se detuvieron ante la verja oxidada y destartalada del 327 de Raven Street. El

detective y su viejo amigo se bajaron del auto policial. Las ramas apenas dejaban ver el interior y el inspector jefe, Henry Gormaley, tuvo que asomarse por un hueco que había entre la maleza, por el que a duras penas se podía divisar la puerta de entrada a la casa.

—El abandono es total, Alfred. A ver si...

El inspector empujó con fuerza la puerta de la verja para comprobar si cedía. Después de unos cuantos empujones, la puerta se abrió a trompicones.

—¡Dios Santo, Henry! Esto parece una selva...

Lo que en su día debió de ser un bonito jardín, ahora estaba comido por la maleza. La casa tenía las ventanas tapiadas con maderos clavados de manera transversal, y el buzón de la entrada estaba lleno de papeles y cartas desvaídas por el sol, apelmazadas por la lluvia y el polvo.

Tilman y Henry subieron los tres escalones rotos de la puerta principal, la empujaron suavemente y esta cedió de inmediato entre chirridos, debilitada por la carcoma.

La primera sensación fue la de la más absoluta oscuridad, hasta que sus ojos se fueron adaptando al interior y empezaron a vislumbrar lo que allí dentro había...

El desorden era total, algunos muebles permanecían tapados por sábanas, pero la mayoría estaban sin cubrir y el polvo los había cambiado de color. Platos rotos en el suelo, y los cristales de los ventanales esparcidos por toda la estancia, junto a varias piedras que dejaban a las claras que habían sido víctimas de los juegos infantiles desde la verja.

La mansión era impresionante, una escalera de caracol inmensa presidía el recibidor.

Los habitantes del aquel lugar, sin duda, habían sido gente de mucho poder adquisitivo y muy religiosos, puesto que las paredes estaban plagadas de cuadros y crucifijos que así lo delataban. Algunos de ellos llamaron la atención de Tilman, puesto que mostraban escenas del diablo mezcladas con otras más celestiales.

El inspector y el detective subieron lentamente entre los crujidos de los escalones de madera que parecían quejarse a cada paso.

—Esto deben de ser las habitaciones —replicó Tilman, mientras abría una inmensa puerta blanca de doble hoja.

—¡Vaya, sabueso! ¡Esto es impresionante!

Los dos amigos quedaron en silencio, disfrutando del recorrido por aquella mansión que, no por estar sucia y abandonada, dejaba de ser

imponente.

Cuando el recorrido iba llegando a su fin, vieron una cortina de color verdoso al fondo del pasillo. La retiraron, y tras ella apareció una pequeña puerta de unas dimensiones ridículas, que no iba acorde con el resto de la casa. Tanto era así que, para pasar al otro lado, los dos amigos tuvieron que agachar la cabeza para no darse con ella en el marco superior.

Un pequeño despacho abuhardillado se mostraba ante ellos repleto de papeles, sobres y fotos esparcidas por todos lados.

—¡Qué barbaridad, sabueso! Parece que hubiese pasado una manada de elefantes.

Tilman asintió con la cabeza. El inspector y el detective empezaron a buscar entre los papeles y documentos algo relacionado con Leslie Callagher y su pasado.

—¿Te has dado cuenta de la cantidad de retratos y elementos eclesiásticos que hay en esta casa, Tilman?

—Buena apreciación, Henry. Todas estas fotografías también lo demuestran.

El detective enseñó al inspector un buen puñado de ellas, mientras se disponía a leer las cartas que se apilaban sobre la inmensa mesa de Nogal.

Sacó una de ellas del interior de un sobre roído y amarillento. Por la cara de Tilman, lo que había en su interior debía de ser bastante interesante...

—¡Qué diablos!

—¿Qué ha sido eso?

Un enorme ruido se escuchó en la planta baja de la casa. El inspector y el detective salieron raudos escaleras abajo.

—Espera, Alfred, tú detrás... —susurró el inspector, mientras sacaba el revólver y ralentizaban el paso.

—¿Hay alguien ahí? ¡Vamos, salga inmediatamente de ahí!

El inspector apuntaba con el revólver a la arrugada cortina que colgaba del techo de uno de los ventanales de la casa.

—¡Salga de una...!

—¡No dispare...! No dispare, ¡por favor!

De detrás de la cortina salió la figura de un anciano, mientras dejaba un arma de caza en el suelo.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

La voz del anciano se alzó temblorosa.

—Mi nombre es Ernest Colemann, soy el vecino del 325, de aquí al

lado. He oído ruido y pensé que alguien venía a robar. No es la primera vez que han entrado y se han llevado de todo. Al intentar pasar por la ventana he rozado la destartada tapa del piano y ha caído al suelo, de ahí el estruendo.

Gormaley guardó el revólver.

—¡Nos ha dado un susto de muerte, Sr. Colemann!

—Lo siento, inspector. Me encantaría poder compensar este malentendido invitándoles a un té y unas pastas en mi casa, ¿serían tan amables de aceptar?

Como si de un relámpago se tratase, las miradas del inspector y del detective se encontraron para aceptar de inmediato. Aquel anciano podría ser una fuente de información muy valiosa.

—Gracias, Melissa, puede retirarse.

La empleada del Sr. Colemann se retiró después de servir el té.

—Y bien, Sr. Colemann, ¿lleva usted mucho tiempo viviendo en Raven Street?

—¡Uy! Toda la vida, inspector. Desde que me casé con mi querida Nellie, que en paz descansa, hace cincuenta años, aproximadamente.

—Entonces, ¿conoce usted bien a todos sus vecinos?

—Así es, aunque antes era otra cosa, era todo más tranquilo y familiar. Después, la gente empezó a marcharse a otras zonas de Londres y aquí nos quedamos muy pocos. Además, al ser ya tan mayores, apenas salimos de casa. No nos fiamos con tantos robos.

El inspector dibujó un gesto de disculpa en su rostro, ante el suspicaz comentario del anciano.

—¿Conocía usted a los antiguos vecinos de la casa de al lado?

—En realidad, no mucho. Alguna vez me crucé con la mujer, pero casi nunca salía de casa. Siempre encerrada entre cuatro paredes y el clero, no debía tener una vida social muy prolífera.

—¿El clero, dice?

Las miradas del inspector y Tilman volvieron a encontrarse.

—En esa casa era raro el día que no entraba un sacerdote, inspector. No sé lo que harían, pero a veces se oía cantar y rezar cosas en otro idioma. Supongo que serían en otro idioma, porque nunca logré descifrar lo que decían, a pesar de que agudizaba el oído —confesó el anciano con sonrojo.

—¿Entonces, dice que no hablaba con la mujer?

—Creo que se llamaba... sí, Leslie, creo recordar que se llamaba Leslie. Una muchacha muy atractiva. No, no hablé con ella muchas veces. Cuando quería pararme a intentar que se abriera un poco con los vecinos, siempre agachaba la cabeza y se metía en casa, como si no quisiera que alguien la viera hablar conmigo. Un día se marchó y nunca más volví a verla, hasta que...

—¿Hasta qué, Sr. Colemann?

—Hasta que años después, vi entrar a un sacerdote con una niña pequeña en la casa.

Tilman saltó del asiento, como si tuviera un resorte bajo su trasero.

—¿Una niña? ¿Recuerda algo de ella, Sr. Colemann?

—Bueno, recuerdo que se parecía bastante a Leslie, por lo que deduje que sería su hija. Aunque es verdad que a Leslie ya no volví a verla nunca más. Era una niña morena, muy guapa, con unos ojos negros impresionantes y una mirada un tanto perdida. Cuando se hizo mayor, poco antes de marcharse, era una mujer realmente hermosa. Estuvo viviendo aquí unos años, pero ya le digo que también se marchó sin dejar rastro. A partir de ahí fue cuando la casa quedó abandonada y los chavales empezaron a colarse para hacer de las suyas. Nadie vino nunca más a la casa después de marcharse la señorita.

Tilman volvió a tomar la palabra.

—Y durante la estancia de la niña en la casa, ¿también oía rezos, Sr. Colemann?

—¡Por supuesto! Y más a menudo que con Leslie. Incluso gritos, como si alguien sintiese mucho dolor. Alguna vez estuve a punto de llamar a los agentes, pero al final no lo hice. Aunque algún vecino ya se encargó de hacerlo en una ocasión, incluso puso una denuncia por exceso de ruido.

—Nos consta esa denuncia. No le vamos a entretener más, Sr. Colemann.

—No me molestan, inspector, espero haberles servido de ayuda.

—Así es, nos ha ayudado mucho, le estamos muy agradecidos.

Henry y el detective Tilman se despidieron del anciano y salieron a la calle, donde les esperaba el auto policial.

—¿Te ha servido de algo, Alfred?

—Me ha servido de mucho, Henry, de mucho. Pero ¿podría volver mañana a la casa? Necesitaría seguir echando una ojeada a las cartas y documentos.

—Claro, ningún problema. Uno de mis agentes te acompañará.

—¡Muy agradecido, amigo mío!

—Guárdate las gracias para la cena de esta noche, Alfred. Creo que va a ser espectacular.

—Me alegro, porque tengo un hambre de perros. —Sonrió.

Eran las ocho de la mañana cuando el detective Tilman accedía nuevamente a la mansión, escoltado por dos agentes de Scotlad Yard. En esta ocasión, se dirigió directamente al pequeño despacho, sin reparar en ningún detalle más.

Una vez dentro estuvo durante horas examinando viejas cartas, documentos y algunos álbumes de fotografías. De vez en cuando murmuraba en voz baja, como si lo que estuviese viendo le sorprendiera de verdad.

—Vaya, vaya... parece que en esta casa se lo pasaron muy bien a costa del sufrimiento de otras personas, y todo ello amparado y premeditado por los altos mandos del estamento eclesiástico. —Tilman alzó la mirada—. Bien, creo que va siendo hora de abandonar Londres y regresar a mi querido Shamersville. Mucho me temo que aún no ha terminado todo, a pesar de que ya tengo casi todos los datos para llegar al final de esta pesadilla.

—¡Querido Alfred! Cuánto bueno por aquí.

—No quiero molestarte mucho, simplemente, venía a decirte que ya tengo lo que andaba buscando. Mañana saldré a primera hora de regreso a Shamersville.

—¿Tan pronto?

—Bueno, llevo ya seis días disfrutando de vuestra amabilidad y tengo la sensación de que allí me pueden necesitar. Además, quiero hacer las últimas averiguaciones y cerrar cuanto antes este caso.

—Está bien, Alfred, como quieras. Haremos un pequeño cóctel esta noche para despedir a nuestro viejo sabueso.

Sonrieron.

—¡Inspector jefe! Ha llegado este telegrama para el Sr. Tilman.

—Gracias, Conally.

El detective echó un vistazo al telegrama, aunque ya se imaginaba lo que iba a leer.

>>>>>>



*Cuarta víctima. Revuelo en Shamersville. Gente muy nerviosa.*  
*Stone.*

<<<<<<

—Lamentablemente, el cóctel deberá esperar un tiempo, querido Henry. Debo partir de inmediato a Shamersville.

—¿Malas noticias?

—Las peores. Me espera el cuarto asesinato y, seguramente, alguna sorpresa más.

—De acuerdo, te acompaño a casa a por las maletas.

—Querida Cheryl, ha sido un verdadero placer poder disfrutar de vuestra compañía durante estos días. Os estoy muy agradecido por vuestra hospitalidad.

—Alfred, es una pena que tengas que irte tan de repente. El placer ha sido nuestro por tenerte entre nosotros este tiempo. Sabes que esta es tu casa, regresa cuando quieras.

Tilman y Henry subían al coche, mientras el chófer acomodaba las maletas del detective antes de arrancar y poner rumbo a la London Victoria Station.

—Querido Henry, prométeme que vas a cuidarte.

—Y tú prométeme que vas a volver más a menudo.

—Prometido. Para las próximas navidades me gustaría disfrutar de Londres unos días, así que si no tenéis inconveniente...

—¡Pero, claro, Alfred! Eso sería maravilloso.

—Entonces ya iremos hablando. Espero que des caza pronto al tal Jack...

—Y tú que des con el monstruo que está cometiendo esas atrocidades, sabueso.

Los dos amigos se fundieron en un gran abrazo y Tilman subió al tren, parándose en los peldaños del vagón y haciendo un gesto de despedida con el sombrero de copa.

# Capítulo 10



= Enterrada =

Nada más regresar a Shamersville, Tilman soltó las maletas en el salón y, sin esperar un solo instante, se encaminó al despacho de Pennan, donde también le esperaba Stone.

La puerta se abrió...

—¡Tilman! Le estábamos esperando.

—¡Bienvenido, jefe!

Las preguntas de rigor quedaban en un segundo plano ante lo complicado de la situación. A pesar de tener el semblante serio y proyectar en su rostro síntomas de cansancio, el detective fue directamente al caso que les ocupaba.

—¿Qué tenemos?

—La cuarta víctima, detective.

—Melisa Barnes, veinticuatro años. La descubrió un vecino paseando al perro cerca de La Casona. El animal ladró repetidamente y, al acercarse al lugar, descubrió una mano que el propio perro había desenterrado previamente. Al desenterrar el cuerpo, pudimos comprobar que le habían amputado la pierna izquierda a la altura de la ingle, y que, bajo la larga melena, escondía las letras TM grabadas a navaja, como en los tres anteriores cuerpos. —Stone tomó la palabra—. La única diferencia es que en este caso el asesino enterró el cadáver.

Tilman cruzó la mirada con Stone y Pennan antes de preguntar.

—¿Alguna idea de por qué a diferencia de las otras tres víctimas esta vez se enterró el cuerpo?

—Ninguna, detective. Este caso se pone cada vez más complicado de esclarecer, no hay por donde cogerlo.

—Me gustaría ver el lugar donde se halló el cadáver.

—¡Por supuesto! Liumbert y Scholes irán con usted.

—No es necesario, comisario, Stone me acompañará.

—Muy bien Tilman, en ese caso...

—Nos mantendremos en contacto, Pennan.

—¿Cómo ha ido el viaje, jefe? Tiene usted cara de cansado.

—No he pegado ojo en todo el trayecto. En cuanto inspeccionemos el lugar de los hechos volveré a casa a darme un buen baño e intentar dormir

unas horas. Respecto a lo demás, tenemos un caso bastante complicado y retorcido, querido amigo.

El capitán miró a Tilman con inquietud.

En el trayecto a pie, el detective fue poniendo al día a Stone sobre sus descubrimientos en Londres.

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir exactamente eso. Todo gira en torno a este tema.

—No quiero ser impertinente, jefe, pero ¿de verdad cree usted que el asesino tiene que ver algo con...?

—Pudiera ser.

—Entonces, ¿van a detenerlo?

—Aún no. Si le detienen ahora perderemos la oportunidad de desenmarañar todo el asunto. Dejemos que siga confiado tras su disfraz, para conseguir resolver el caso desde la raíz.

—¡Aquí es, jefe! Este es el lugar donde se encontró el cadáver enterrado de la joven. La cabeza estaba en este lado, y por aquí sobresalía la mano desenterrada por el perro.

—Bien...

—Pero, jefe, la chica fue encontrada aquí, ¿dónde va?

—¡Cállese! —Tilman se arrepintió inmediatamente de su contestación—. Perdóneme, Stone, el cansancio y los acontecimientos me tienen alterado. Le ruego me disculpe.

—No se preocupe, jefe, lo comprendo perfectamente. ¿Quiere que le ayude?

—Sí, aquí bajo los matorrales parece que hay algo, he visto un destello.

—Parece un trozo de metal...

—Usted tire de allí y yo de este otro lado. A la de tres. Una, dos y...

Ambos salieron rodando tras dar una costalada, al intentar arrancar lo que parecía una trampilla oxidada. Tras el revolcón se incorporaron, sacudiéndose las mangas.

—¡Jefe! ¿Qué demonios es esto? ¿Unas escaleras en pleno campo?

—Es una galería bajo tierra, Stone. Me jugaría un chelín a que se comunica con el sanatorio...

—¿Entramos, jefe?

—Sí, pero no en este momento. Volveremos al anochecer para no llamar mucho la atención. Ya sabemos cómo corren las noticias en este pueblo. Además, necesitamos algunas cosas para preparar un buen par de antorchas.

Ahí abajo no debe de haber mucha visibilidad.

—¿Cree usted que habrá algo interesante ahí abajo?

—Estoy seguro de que algo encontraremos, amigo mío. Pongamos la trampa en su sitio y marchémonos cuanto antes.

La noche era cerrada cuando Tilman y el capitán volvieron al lugar de los hechos. —¿Qué ha sido eso, jefe?!

—¡Chsss! No haga ruido, no quiero que nadie nos descubra. Seguramente sea el viento, se avecina tormenta. Vamos a tirar de la trampa, pero esta vez sin rodar por el suelo, ¿de acuerdo?

—Una, dos y... ¡tres!

—Yo primero, Stone. Cuando le diga me arroja las antorchas. —El detective bajó unos estrechos y resbaladizos escalones— ¡Ahora! ¡Láncelas!

—¡Ahí van!

Las antorchas comenzaron a prender, haciendo sombras y luces en las paredes de lo que era en toda regla un pasadizo secreto. De las húmedas paredes emanaban pequeñas hileras de agua que provocaban algunos charcos en el suelo.

—Sígueme de cerca, capitán.

Se adentraron en el estrecho túnel, teniendo que agachar la cabeza de vez en cuando para no perder sus preciados sombreros. Unos metros más adelante, empezaron a escuchar ruidos que provenían del fondo de la galería.

—¡Dios santo, jefe!, viene de allí...

—¡Vamos!, con cuidado.

Al llegar al lugar, los gritos y lamentos eran desgarradores. Acercaron las antorchas a una pequeña reja incrustada en la pared y la visión era espeluznante. Decenas de brazos salían estirados por entre los barrotes de la celda. Allí había un buen número de personas hacinadas, con las facultades mentales muy deterioradas. Su estado físico era lamentable y el hedor que allí se respiraba era nauseabundo.

—¡Dios santo, jefe! ¿Son los enfermos del sanatorio? ¿Qué diablos hacen aquí?

—No tengo la menor idea, Stone, pero que ya sé cómo desapareció Leslie Callagher... Alumbre allí...

El capitán alumbró una celda adyacente y entre la penumbra se podían vislumbrar centenares de huesos humanos apilados contra la pared del fondo y

coronados por un buen número de cráneos.

—Esto hay que ponerlo en conocimiento de Pennan.

—Lo haremos al alba, capitán. Primero tenemos que recorrer todo este laberinto. Hay que llegar hasta el final.

—¿Y dejar aquí a toda esta gente?

—Esta gente debe de llevar aquí más tiempo del que usted y yo podamos imaginarnos. Saldrán al alba, pero es de suma importancia que continuemos.

De repente, el agua empezó emanar con más fuerza de las paredes, hasta el punto de casi cubrir los botines del detective y su ayudante. Un sonido brusco y sordo paralizó a los dos.

—Lo que nos faltaba, jefe. Ya tenemos la tormenta encima —susurró el capitán.

—Hay que apresurarse, es de vital importancia saber dónde nos lleva este túnel del horror.

Siguieron caminando, adentrándose en las entrañas de aquel laberinto de tintes siniestros.

—¿Cree usted que nos llevará al sanatorio?

—Querido amigo, creo que además de esa evidencia, debe comunicarse con algún otro lugar. Probablemente, Shamersville esté construida sobre un laberinto del cual muy pocos conocen su existencia.

Siguieron caminando y, a la altura de una celda que cubría sus barrotes con sábanas blancas, Tilman se agachó para recoger algo. No se podía ver el interior, pero de ella salía un olor extremadamente putrefacto. El detective no alcanzaba a retirar las sábanas que ocultaban el interior.

—¿Qué ha encontrado, jefe?

—A su debido tiempo, querido amigo, a su debido tiempo...

La lluvia que penetraba en aquel lugar empezaba a tomar altura, y permanecer en aquel túnel empezaba a convertirse en algo realmente peligroso.

—¡Vamos! Esto se está inundando. Volveremos al alba, con Pennan y sus muchachos.

A la salida, un estremecedor trueno les dejó aturdidos. La tormenta era intensa, debían regresar de inmediato.

—¡Maldita sea!

—¡Qué manera de llover, jefe!

A la salida del camino vieron la luz de un auto al que hicieron señas para que se detuviese. Este paró...

—Pero ¡por el amor de Dios! Alfred, ¿eres tú?

—Querida Norah, nunca me he alegrado más de haberte visto.

—¡Vamos, suban!

—¿Se puede saber de dónde vienen ustedes así?

—Quisimos buscar algún indicio de la chica asesinada y se nos hizo demasiado tarde.

—Nos pilló la tormenta. —Alcanzó a decir Stone, calado hasta los huesos y con un gesto casi cómico en su rostro.

—Menos mal que has pasado por aquí, Norah.

—Acabo de terminar el turno y me dirigía a casa.

Entre los dos hubo una mirada constante que precedió a un incómodo silencio.

—No me mires así, Norah, en este caso no puedo decirte nada.

A la rechoncha enfermera solo le faltaba hacer pucheros, pero en esta ocasión, el comisario Pennan debía ser el primero en enterarse debido a la gravedad del asunto.

—¿Nos puedes dejar de camino en el despacho de Pennan?

—O sea, que, ¿la cosa es grave?

—Noraaah...

—Está bien, está bien, sus deseos son órdenes para mí. Les dejaré en el despacho del comisario.

La tormenta daba una tregua, mientras Tilman despedía brazo en alto a Norah, viendo como el auto se alejaba por el camino de Shamersville, hasta hacerse una luz insignificante en lontananza.

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, Scholes.

Al escuchar el saludo, apareció a lo lejos la minúscula figura del sorprendido comisario.

—Algo grave debe de estar pasando para que estén ustedes aquí a estas horas —aseveró Pennan, mirando de reojo el carillón de la pared— ¿Qué sucede, Tilman?

—Siéntese, nos hará falta a todos.

El detective contó con todo detalle lo que habían encontrado en aquellas galerías subterráneas. El comisario iba cambiando el semblante a medida que se iba desarrollando la exposición del detective.

—Pero ¡¿es que en este lugar no vamos a estar tranquilos nunca?! —gritó el comisario, totalmente fuera de sí—. ¡Debemos acudir de inmediato!

—Si me lo permite, comisario, yo en su lugar esperaría a que amaine la tormenta, allí abajo está todo inundado.

Al despuntar el alba, la tormenta iba dibujando por el horizonte sus últimas descargas eléctricas. El comisario, que no había pegado ojo en toda la noche, acudió de inmediato al laberinto subterráneo, flanqueado por Tilman y Stone.

—¡Dios santo! Esto no pude ser verdad... —Por primera vez en mucho tiempo, se veía al comisario afligido y con los ojos vidriosos— ¿Quién sería capaz de organizar todo esto, Tilman? —El detective hizo un gesto de negación mientras agachaba la cabeza—. Scholes, liberen inmediatamente a toda esta gente y llévensela al pabellón anexo a la comisaría. Que les den un baño, ropa limpia y comida. Busquen gente en el pueblo dispuesta a cuidarlos durante una buena temporada.

—¡A la orden, comisario!

—No hay tiempo que perder. Tilman, ¿me acompaña?

—Si no le importa, inspector, en un rato estaré con ustedes. Stone le acompañará, ¿verdad, Stone?

—¡Claro, jefe! Pero ¿y usted?

—Ya le digo que en breve estaré con ustedes. —El detective hizo un gesto, ladeando la cabeza a Stone para que no le replicara.

—En ese caso, acompáñeme, Stone. Tenemos mucho por hacer y toda ayuda será necesaria.

Tras desalojar de la celda a los enfermos, el detective Tilman inició una ruta por las oscuras galerías de aquel siniestro lugar...



# Capítulo 11



= Desaparecidas =

Aquella mañana la niebla de Fog River era bastante densa, tan densa como la crema amarillenta que manipulaba Marie para hacernos aquellas maravillosas magdalenas en las tardes de invierno.

Bajé al río a jugar y pronto me di cuenta de que aquel día no iba a ser como todos los demás. Una rara sensación en mi interior me decía que algo no iba bien...

Entre la niebla y esa perturbadora sensación que me invadía, Gilbert llegó a mi mente para hacer que me olvidase de todo.

Subiéndome a una resbaladiza piedra del río, y tras empuñar una rama como espada, mi voz sonaba imponente...

—¡Guerreros, al ataque! ¡El capitán Gilbert os vengará del enemigo!

La aventura terminó demasiado pronto. La voz de Cristel, el chico que vendía los magazines, se abrió paso entre la espesa niebla...

—¡Extra! ¡Extra! ¡Las hijas de los Desmond, desaparecidas! ¡Extra! ¡Extra!

Aquel anuncio me helaba las entrañas. Ahora sabía el motivo por el que mi querida amiga Brianna no estaba allí, jugando conmigo.

Enseguida se me vino a la mente las palizas que el Sr. Jenkins le daba, pidiéndole que le dijera donde estaba «no sé qué cosa», y todo eso acompañado de mi silencio, me quitaba la vida segundo a segundo...

—Ya ha salido a la luz, jefe.

—Debemos ir de inmediato a hablar con el chico, Stone.

—Se refiere al hijo de la Sra. Hunter.

—Sí, Stone. Darren debe de estar pasando uno de sus peores momentos.

No en vano, la hija de los Desmond es su mejor amiga.

—Y lo de su hermanita...

—Va a ser complicado, capitán.

—Vamos entonces, no hay tiempo que perder.

—No, mejor quédese aquí. Es posible que venga alguien a darnos algún dato del suceso y no nos encuentre.

—¡No, detective! No pienso quedarme aquí. ¡Voy a ir con usted y no se hable más! —Stone utilizó un tono de enfado un tanto extraño en él.

—De acuerdo, amigo mío, entonces no hay más que hablar, adelante...

El llamador de la robusta puerta de los Hunter sonó con fuerza.

—Buenos días, Marie, ¿está la Sra. Hunter?

Antes de que Marie pronunciase una palabra, Tilman ya estaba dentro de la casa. La muchacha no daba crédito y se echó a un lado con premura. Apartada junto a la pared del recibidor, con los ojos como platos y las palmas de las manos pegadas a la pared, siguió con la mirada cómo su pretendiente, el capitán Stone, pasaba detrás del detective, no sin antes echarle una mirada de complicidad que ni siquiera la tranquilizó.

—¿Dónde está la Sra. Hunter?

—Está en la parte trasera de la casa, detective.

—Dígale que venga inmediatamente, por favor.

Marie alcanzó a decir un sí tembloroso, intentando controlar el miedo que la tenía paralizada. Sin dejar de mirar a Stone, salió por la puerta de servicio para llamar a mi madre, que estaba en el huerto del patio trasero.

Al instante, apareció con su habitual belleza y unas tijeras en la mano.

—¿Querido detective, ocurre algo?

—¿Darren está en casa?

—¿Darren? No, salió al río a jugar. —El tono de cara de mi madre cambió a un color pálido—. ¿Qué pasa con mi hijo, detective?

—Con él nada, Sra. Hunter. Se trata de las hijas de los Desmond. Han desaparecido... ¡las dos! —La mirada de mi madre era de incredulidad y, a la vez, de serenidad—. Como usted comprenderá, tenemos que hablar con su hijo para tranquilizarle, puesto que esto será una noticia desgarradora para él.

—Si está en el río no perdemos más tiempo, concluyó Stone.

—En cuanto hablemos con él, se lo haremos traer a casa sano y salvo, Sra. Hunter.

—¡Gracias, detective!

—No hay de qué. Ahora lo importante es intentar calmar a su hijo.

—Sí, claro, mi hijo...

—¿Está usted bien, Sra. Hunter? ¿Quiere que Stone se quede a hacerle compañía hasta que le traigamos a Darren?

—¡No!, no hace falta, detective, estaré bien...

Los ojos de mi madre se perdían entre la realidad y un mundo paralelo, donde solo ella podía llegar después de tomarse aquellas infusiones extrañas

que se tomaba habitualmente por las noches, aunque en esta ocasión las había adelantado a las primeras horas de la mañana.

El detective Tilman me contó todo lo que había pasado con Brianna y Lorette. Lo hizo con tanto cariño que el terrible dolor se sentía ligeramente aliviado por momentos, pero acto seguido, como si de un relámpago se tratase, volvía a sentir que las punzadas devoraban mis entrañas con tanta fuerza que se me hacía difícil respirar.

Tal vez, era el momento de romper mi silencio y contar todo lo que había callado; o eso, o callar para siempre y llevármelo al final de mis días.

—Sra. Desmond, tranquilícese y cuénteme todo lo que pasó.

Entre sollozos, la Sra. Desmond empezó a relatar lo sucedido al detective Tilman, ante la atenta mirada de Stone.

—Las saqué al jardín como todos los días. Estaban aquí, en el jardín de nuestra propia casa. ¡No puedo creer que hayan desaparecido!

—Estamos revisando toda la verja por si encontráramos la más mínima anomalía, Sra. Desmond. Si se han llevado a las niñas del jardín, debe de haber algún agujero en ella que nos indique por donde las han sacado.

Amanda Desmond volvió a sollozar, y su voz se entrecortaba angustiada, suplicante, ante la mirada de Tilman.

—Detective, ¡prométame que va a encontrar a mis niñas!

—No le quepa duda, Sra. Desmond, que haremos todo lo que esté en nuestra mano. Le ruego no desespere, a pesar del dolor que está soportando. Pronto encontramos alguna pista que nos haga dar con las niñas. Le aseguro que sea quien sea la persona que se las ha llevado, va a pagar por esto.

El detective y el capitán salieron de casa de los Desmond. Tilman se descubrió la cabeza, manteniendo firme el sombrero en su mano derecha mientras con la izquierda presionaba sus ojos por los lagrimales.

—Cuánto frente abierto, ¿verdad, jefe?

—Demasiados, Stone. Pero tengo la absoluta certeza de que todos están relacionados.

—Piensa usted que...

—¿Que han asesinado a las niñas? —Hubo una pausa larga e intensa, mientras los dos amigos se miraban aterrorizados—. No quiero ni pensarlo,

querido amigo, no quiero ni pensarlo...

—¿Dónde narices ha echado el rosario? ¿Quién se ha creído que es para desobedecerme?

—Lo siento, padre Murray, no era mi intención perderlo...

—¡Es usted un inútil, Sr. Miller!

—Le prometo que lo encont...

—No prometa nada, es usted un perfecto inútil.

La voz altiva del padre Murray se alzó, haciendo eco en las paredes del altar mayor mientras su sacristán, el Sr. Miller, lo escuchaba acongojado y tembloroso; tanto que, a punto estuvo de tirar el cáliz de plata al suelo, cuando intentaba sacarle lustre y dejarlo listo para la eucaristía.

—Le juro que como no aparezca ese rosario puede ir despidiéndose de seguir viviendo de la iglesia. Pondré al Sr. Jenkins y usted tendrá que ir a cuidar de los cerdos, como tantos otros...

El padre Murray atacaba sin piedad y con los ojos inyectados en sangre a un apocado Sr. Miller, que no daba crédito a lo que estaba sucediendo.

—Y ahora, ¡márchese! No quiero volver a verle en lo que resta de día.

—Como usted desee, padre Murray...

Al ir a besarle el anillo el sacerdote apartó despectivamente al sacristán, dándole un empujón que lo llevó a dar con la espalda en el suelo.

—Tiene hasta el eclipse para encontrar el rosario, si no lo encuentra, aténgase a las consecuencias, Sr. Miller.

Dando un portazo, el padre Murray se marchó por la puerta trasera de la sacristía.

Por aquellas fechas, las gentes de la comarca ya empezaban a murmurar que meses más tarde habría un eclipse total de sol. Exactamente, el 28 de mayo de 1900 tendría lugar aquel acontecimiento que para los habitantes de Shamersville suponía el principio del fin. Sería divisado por medio mundo, desde América del Norte hasta el sur de Europa, y algunas personas estaban realmente sensibilizadas con el tema, especialmente, el padre Murray, al que los últimos días se le veía como alma en pena, vagando y hablando solo por los alrededores de la iglesia.

Aquella tarde, reuní el valor necesario para hacerle frente a uno de mis miedos y hacer una visita a la tumba de mi padre. Simplemente, con pensar en el cementerio me temblaban las piernas; pero me armé de valor y crucé el umbral enrejado de la puerta de acceso. Me adentré poco a poco, como si a mi espalda le hubiesen colocado una carga extra de piedra que hacía mis pasos más pesados y dubitativos.

Nada más entrar, me encontré a ambos lados unos ángeles custodios envueltos en musgo y suciedad, con los rostros erosionados por las lluvias y el paso del tiempo. Más adelante, mi corazón dio un vuelco y detuve mis pasos, obligado por una punzada que me recorrió toda la espalda hasta llegar a la nuca. Un sudor frío me invadió, paralizándome por completo... Delante de mí había un sepulcro cubierto de enredaderas, como si el árbol que lo cobijaba quisiera protegerlo y hacerlo suyo para toda la eternidad. La lápida que reposaba sobre él estaba partida y dejaba ver un hueco oscuro en su interior. Cerré los ojos, los abrí, y eché a correr lo más rápido que pude, dejándola atrás. Tanto corrí, que en un momento determinado ya no sabía dónde me encontraba. El sudor frío no cesaba, aunque tengo que reconocer que, a pesar del miedo, el lugar se presentaba ante mí con una belleza imposible de narrar. Los cantos de los pájaros y la luz del atardecer filtrándose entre el verde intenso de los árboles, chocaba con las cruces partidas y los cristales rotos de los gigantes panteones de piedra.

No sé cómo lo conseguí, pero entre charcos logré llegar hasta la tumba de mi padre.

LOGAN HUNTER BUTLER

23 de ABRIL de 1897

Tu familia y amigos no te olvidan

—Padre, al fin he conseguido llegar. El miedo me atenazaba y pensé que nunca iba a ser capaz de presentarme ante ti. —De mis ojos empezaron a brotar lágrimas sin ni siquiera darme cuenta—. Te echo tanto de menos... —El nudo en la garganta apenas me dejaba continuar—. Están sucediendo cosas terribles y no sé cómo debo hacer para aliviar mi pena, padre. Se han llevado a mi amiga Brianna y a su hermanita sin poder despedirme de ellas. Por favor,

dame el valor suficiente para contar lo que sé y quitarme esta carga que no me deja descansar. Sé que me estás escuchando y necesito que me ayudes para que las encuentren. Desde que te marchaste, Brianna ha sido mi mejor amiga y, aunque tengo a la abuela Elena, esa niña tonta me hace mucha falta. ¿Recuerdas cuando íbamos a pescar juntos? —Mis pequeños labios esbozaron una cálida sonrisa, empapada por las lágrimas que caían sin cesar por mis carrillos—. Aquel día que volvimos a casa con una buena pieza, y mentiste para que creyeran que la había pescado yo. Me hacías tan feliz... Recuerdo tantos momentos divertidos junto a ti. Ahora todo ha cambiado, me siento triste y nada es como antes. Quiero que sepas que te quiero con toda mi alma y que te recuerdo cada día. Ahora voy a tener que regresar; madre y la abuela estarán preocupadas porque no les he dicho dónde iba y he tardado mucho en encontrarte. Ya he desafiado al miedo y te prometo que volveré a verte cada semana para hablar contigo y contarte mis cosas. Cortaré unas flores del borde del camino para que te acompañen mientras yo me ausento. Hasta pronto, padre.

Cuando levanté la mirada, el ocaso se estaba apoderando del cielo de Shamersville y decidí buscar con rapidez la salida del cementerio, no sin antes limpiar con mi pañuelo el nombre de mi padre sobre la lápida y cambiarle unas flores secas por unas recién cortadas.

Las prisas, añadidas a lo fúnebre del lugar, me hicieron tropezar y caer al suelo. Al ir a levantarme, el miedo hizo que escuchara una voz, como si alguna de las tumbas pronunciara mi nombre, como si la voz de mi amiga Brianna quisiera buscarme y pedir ayuda entre la niebla que ya empezaba a emanar de entre las tumbas. Debía salir rápidamente de allí o, definitivamente, iba a volverme loco.

# Capítulo 12





= Lorette =

El salón de los Desmond no era, precisamente, uno de esos salones pomposos en los que poder pararse a contemplar sus obras de arte u otros objetos de valor incalculable; pero era humildemente bonito, amplio, con muebles antiguos fabricados en su mayoría por el señor Desmond. Todo el pueblo sabía de su destreza trabajando la madera y, en ocasiones, hasta le sobraba algo de tiempo para poder hacerse alguno y disfrutarlo en su propio hogar.

En la mesa, dos tazas de té de melisa humeaban entre mi madre y las lágrimas de la Sra. Desmond...

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que precises, Amanda.

—Gracias, Lisa, lo sé, y te lo agradezco de corazón.

—Debes mantener la calma a pesar de la dificultad, amiga. Estoy convencida de que el detective Tilman va a lograr esclarecer todo esto y encontrarlas sanas y salvas.

—Dios te oiga, Lisa...

—Anda, mujer, no llores y tómate un sorbito de melisa, te hará bien. — La Sra. Desmond dio un pequeño sorbito de la taza y la dejó temblorosa sobre la mesa—. Lo que no entiendo es cómo pudo suceder algo así... ¿Tardaste mucho tiempo en salir a vigilar a las niñas? Quizá...

—¿Qué insinúas, Lisa, que dejé a mis hijas abandonadas? Estaban en el jardín de mi casa, ¡por el amor de Dios!

—¡No! No, tranquila, tranquila, no pretendía...

—Entonces, ¿qué pretendías, eh? No eres la primera persona que me lo insinúa. Yo dejé a mis hijas en el jardín de mi propia casa mientras hacía la comida, como cada día. En mi propia casa, ¿de acuerdo?... —La Sra. Desmond estaba muy alterada y fuera de sí.

—Perdóname... Amanda, de verdad que no pretendía hacerte sentir mal.

—No, perdóname tú a mí, Lisa, estoy muy alterada y necesito dormir. Ahora, si me perdonas, voy a subir a mi habitación a ver si puedo descansar un poco. Lo siento, ya seguiremos conversando. Gracias por todo.

—Me parece lo correcto, Amanda, intenta descansar.

Mi madre cogió con sus manos las de la Sra. Desmond y con dos golpecitos se despidió de ella.

—Recapitulemos, Stone, ¿está preparado?

—¡Adelante, jefe!

La pizarra y la mesa del detective echaban humo...

—Primera víctima encontrada, pero segunda en el tiempo: Elizabeth Rose. Veinticuatro años, amputación del brazo derecho. Encontrada en el sótano de «La Casona». Segunda víctima, pero primera en el tiempo: Brenda Wilson. Veintiséis años, amputación de la pierna derecha a la altura de la ingle. Encontrada flotando en las aguas de Fog River. Tercera víctima: Amy McLaughlin. Veintidós años, amputación del brazo izquierdo. Encontrada en el embarcadero. Cuarta víctima: Melissa Barnes. Veinticuatro años, amputación de la pierna izquierda. Encontrada semienterrada en el campo, cerca de la trampilla que llevaba a las galerías subterráneas. Según la investigación, todas ellas jóvenes de entre veintidós y veintiséis años. A ninguna se le conocía pareja alguna. Todas ellas pertenecientes a familias humildes. Entre las cuatro suman la falta de las extremidades superiores e inferiores. Dos brazos amputados a la altura del hombro y dos piernas amputadas a la altura de las ingles. —La cara de Stone denotaba cierto enfado—. Todas ellas con el sello TM en su cuello, grabado con un objeto punzante que podría ser una navaja. De lo deducido en el libro de mi amigo Harvey... —Tilman hizo una breve pausa, pues al acordarse de su viejo amigo se le hizo un nudo en la garganta y sus ojos se tornaron vidriosos. Stone, bajó la mirada... —Como decía, de lo deducido en el libro, el asesino buscaba desmembrar a cuatro mujeres vírgenes para formar un solo cuerpo, «La gran dama».

—¿Llegó a encontrar algo sobre La gran dama, jefe?

—En efecto. Cuando visité a mi amigo Henry en Scotland Yard tuve ocasión de ojear un libro antiguo en el cual venía este dibujo...

Tilman puso sobre la mesa la hoja rajada de un libro en el que aparecía el dibujo de una mujer con cuatro brazos y cuatro piernas, clavada en una cruz y rodeada, a su vez, por un círculo en el cual se enroscaban tres serpientes de dos cabezas. A sus pies, y boca abajo, podía distinguirse la figura difuminada de lo que parecía un bebé.

—El asesino ya tiene sus cuatro extremidades complementarias, jefe.

—Y al bebé —apuntilló Tilman, con cierto nerviosismo.

—¿Piensa en las hijas de la Sra. Desmond, jefe? Pero en la foto solo aparece un bebé, ¿por qué querría llevarse a las dos?

—No lo sé, capitán. Lo que sí tengo claro es que hay que seguir intentando localizarlas con vida antes de que sea demasiado tarde.

Los golpes en la puerta del despacho de los detectives sonaron con fuerza. Stone la abrió sin contemplaciones. Scholes, uno de los muchachos del comisario Pennan, hizo acto de presencia.

—Detective, vengo de parte del comisario. Deben venir a ver algo...

El cementerio estaba lleno de agentes que buscaban, apartando la maleza de entre las tumbas. El detective Tilman y el capitán se miraban sorprendidos, cuando el menudo comisario apareció de detrás de un ciprés, sacudiéndose la ropa.

—¡Pennan! ¿Qué sucede?

—¡Ah!, Tilman, ¿ya están aquí?

—¿Qué ha pasado, comisario?

—¡Vengan conmigo! Miren dentro del coche... —dijo Pennan, haciéndose el interesante.

Las caras de Tilman y Stone eran un poema, los ojos se les abrieron como platos y hasta una ligera sonrisa apreció en sus rostros. Dentro del coche, y atendida por un agente, estaba Brianna.

—Pero...

Pennan comenzó el relato antes de que Tilman terminara su pregunta.

—La Sra. Harper estaba cambiando las flores a su difunto marido como cada día, cuando escuchó el llanto de lo que parecía un niño pequeño. Al principio, pensó que eran imaginaciones suyas; pero al acercarse al fondo, cerca de la tapia, escuchó perfectamente a la niña llorar. Estaba metida en una fosa a gran profundidad que tenía rota la lápida, pero se encontraba en una parte del cementerio donde no pasa prácticamente nadie. Ya sabe, Tilman, la zona es de la gente poco pudiente y el hedor putrefacto no deja que nadie se acerque por aquí. La curiosidad de la Sra. Harper ha salvado a la niña de una muerte segura. Posiblemente, la niña cayó jugando y quedó atrapada.

Tilman estuvo a punto de contestar a Pennan. Brianna no pudo caer jugando en el cementerio, siendo que desapareció de su casa junto con su hermana, pero respiró profundamente y decidió controlar su ímpetu. Al fin y al cabo, la niña estaba viva. Pero ¿dónde estaba Lorette?...

—Brianna, pequeña, ¿dónde está tu hermanita?

—No lo sé, detective.

—Está bien, será mejor que la lleven a casa, que la asean y le den algo de comer para que pueda descansar todo lo posible. Más tarde pasaremos por

casa de los Desmond para charlar tranquilamente con ella.

—De acuerdo, mientras tanto mis hombres se ocuparán de rastrear el cementerio de punta a punta. La pequeña Lorette no debe de andar muy lejos. ¿Le pasa algo Tilman?

—Lorette es un bebé, de encontrarse con vida en este lugar ya habría llorado...

Las miradas de Tilman y Pennan se encontraron.

—Va a ser tarea complicada, Stone.

—¿A qué se refiere, jefe?

—Al bebé. Hasta ahora al asesino solo le interesaba una parte de los cuerpos de sus víctimas y dejaba el resto, pero ahora necesitan un bebé intacto, sin que le falte ninguna extremidad. Mucho me temo que la pequeña no solo está sin vida, sino que tardaremos bastante tiempo en encontrarla.

—¿De verdad cree que está muerta?

—Llegados a este punto no sé qué pensar, querido amigo.

Tilman pasó el resto de la tarde en casa, dando vueltas y vueltas a la cabeza. Sentado en su sillón, degustando el tabaco de su pipa y unos tragos de su whisky escocés preferido. Parecía estar en otra dimensión cuando, de repente, de un salto se puso en pie. Raudos, se volvió a vestir y salió apresuradamente de la casa. Las prisas estuvieron a punto de hacer que se olvidara de su inseparable bastón. ¿Dónde iría Tilman con tanta prisa a esas horas de la madrugada?

# Capítulo 13



= Detención =

Una piedrecita en la ventana despertó al comisario Pennan.

—¡Pennan! Ábrame, soy yo.

—¡Maldita sea, Tilman! ¿No se da cuenta de la hora que es? ¡Son las dos de la madrugada!

—Lo sé, comisario, y lo siento. Pero ¡todo encaja!

—¿Todo encaja? ¿De qué demonios me está hablando? ¿No puede volver mañana?

—Pennan, mañana lo quiero a usted y sus ayudantes en la puerta de la iglesia a las cuatro de la tarde —dijo Tilman, entre susurros.

—¿En la iglesia? Pero ¿usted está mal de la cabeza?

—Hágame caso, es importante. No se le ocurra fallarme.

—Está bien, pero ahora márchese a dormir. Es usted como los gatos...

—Esperemos que Pennan acuda puntual a su cita, Stone.

La iglesia de Shamersville era de unas dimensiones extraordinarias. Sus altas cúpulas ovaladas producían sensación de vértigo.

Una larga escalinata precedía al atrio principal, y este a las dos jambas y el dintel de la inmensa puerta de madera con motivos de forja que gobernaba la fachada, como guardiana implacable del templo.

Una vez dentro, el más absoluto de los silencios. Un silencio sepulcral, envuelto en una nebulosa de incienso y velas humeantes, desde el cual se podía contemplar toda la belleza del lugar.

La cúpula principal lucía esplendorosa, con el sol de la tarde dibujando destellos de colores que se proyectaban sobre el altar mayor, a través de los inmensos ventanales. A los dos lados, dos alas que parecían no tener fondo ubicaban sobre sus pequeños altares de color dorado a varias imágenes de santos. Frente al altar mayor y hasta la salida, dos filas interminables de bancos de madera oscurecidos por el paso del tiempo, separadas por un pasillo central reluciente. Justo encima de la entrada, en el lado opuesto al altar, en la parte alta y frente a él, una barandilla que delimitaba el coro, donde destacaba por su belleza el órgano de tubos que brillaba tanto como el sonido de sus notas...

Tilman y Stone quedaron perplejos ante tanta belleza solemne, y hasta

llegaron a sentir un poco de desasosiego. El lugar, con su amplitud y su mística les hizo sentir escalofríos, y esa sensación extraña que te recorre la columna vertebral en momentos de congoja.

Al fondo del pasillo central atisbaron la figura del Sr. Miller, el sacristán, que colocaba con mimo la mullida alfombra que se mostraba impoluta bajo el reclinatorio.

—Buenas tardes, Sr. Miller.

El sacristán, sorprendido con la visita de los detectives, contestó con sonrisa forzada.

—Buenas tardes, señores. ¿En qué puedo servirles?

Tilman no se anduvo con rodeos.

—Necesitamos hablar con el padre Murray.

—¡Sí!, por sup...

—¡Y con usted!

La cara del sacristán reflejaba cierto nerviosismo ante la rotundidad del detective.

—Sí, sí, claro, iré de inmediato a avisar al padre. Pero pasen a la sacristía, allí estarán más cómodos.

—Gracias —contestó Tilman, en tono serio.

El sacristán fue camino de una sala contigua al altar mientras Tilman y su inseparable amigo acudían a la sacristía.

Stone abrió la puerta, y no pudieron ocultar su sorpresa al ver al padre Murray de rodillas, bajo la mesa de la sacristía.

—¿Ha perdido algo, padre?

El padre Murray quedó paralizado bajo la mesa y empezó a asomar la cabeza poco a poco. Estaba tan afanado en su tarea que no vio entrar a los detectives.

—¡Querido Tilman! —La voz temblorosa del padre se hacía notar debido al sobresalto— ¡No! Bueno, sí... El Sr. Miller ha extraviado el rosario que le regalé y no sabe dónde lo ha dejado. Un día va a perder la cabeza.

La puerta se abrió de golpe y con brío.

—¡Ah! Veo que ya le han encontrado. Pensé que estaría en el patio trasero.

La mirada que lanzó el padre Murray al sacristán era de las que hielan la sangre.

Tilman cortó la tensión del momento.

—Sí. Nos comentaba que ha perdido usted un objeto muy valioso, Sr.

Miller. Hay que poner más cuidado, porque en cualquier momento puede encontrarlo un ladronzuelo y sacar un dinero negociando con algún chamarilero aprovechado. Aunque también hay objetos que pueden ser utilizados para hacer mucho más daño...

Tilman dejó caer la frase dibujando la ironía en su rostro. La tensión se cortaba en el ambiente.

El sacristán enmudeció, su cara y sus gestos eran de una ansiedad extrema, y replicó:

—Les ruego me disculpen unos minutos, con las tareas he olvidado tomar la medicación y no puedo prescindir de ella.

Tilman asintió, no sin antes decir:

—De acuerdo, Sr. Miller, pero no tarde, necesitamos hablar con usted. Mientras, charlaremos con el padre. —Miró al sacerdote y este le sonrió nervioso

—Sí, señor.

El Sr. Miller abandonó la sacristía, no sin antes mirar de soslayo al padre, que le devolvió una mirada inquisidora. Cerró la puerta, cabizbajo y lentamente.

—Padre Murray... —El semblante de Tilman era de seriedad absoluta —. Verá, tiene que acompañarnos a las dependencias del comisario Pennan, creo que tenemos que hablar largo y tendido sobre algunos temas, ¿no le parece?

—Pero ¿qué diablos dice, Tilman? —El sacerdote contestó fuera de sí, perdiendo totalmente la compostura.

—Padre, no me lo ponga más difícil. Deje de buscar lo que ha perdido y acompáñenos a la puerta, por favor.

El comentario de Tilman descolocó al padre que, con gesto de enfado y voz en grito, decía:

—¡Yo no he perdido nada, ya se lo he dicho! El Sr. Miller ha perdido el rosario que le regalé y le estoy ayudando a buscarlo. Era un regalo de familia muy valioso y quise regalárselo por la amistad que nos ha unido durante tantos años.

—¿Por su amistad, padre? ¿No será por su complicidad y silencio? ¿Por casualidad, no será este el rosario que busca?

El padre Murray palideció al ver a Tilman sacar el rosario de su bolsillo. Sin tiempo para decir una sola palabra, un estruendo sonó tras la puerta...



El golpe sonó en la iglesia como un saco caído a plomo. Un ruido sordo inundó todos los rincones del templo, incluida la sacristía, donde cortó la conversación de los presentes.

Stone miró a Tilman y salió raudo a ver que sucedía. El detective le siguió.

Las puertas del templo estaban abiertas y el sonido había penetrado dentro. Al llegar a la puerta de entrada, primero Stone y posteriormente Tilman, se encontraron al Sr. Miller rodeado de un charco de sangre. Éste se había dejado caer desde el campanario, donde todavía replicaba débil la campana con el movimiento que el sacristán había ejercido sobre ella al agarrarse. Su cuerpo yacía ahora sin vida sobre el atrio de la puerta.

La cara de Stone reflejaba lo sucedido. En ese momento, llegaban al lugar de los hechos el comisario Pennan y sus dos inseparables policías, Liunbert y Scholes.

—¿Qué ha pasado, Tilman?

—¡Le dije que viniera puntual, Pennan! —La cara de Tilman era de pocos amigos.

—Lo siento, las obligaciones me lo han impedido.

Tilman miró con desagrado a Pennan cuando, acto seguido, oyeron sonar el órgano del templo.

Echaron a correr hacia el interior. Llegando al pasillo central el órgano dejó de sonar, se dieron la vuelta y al mirar hacia arriba, lo vieron...

Era el padre Murray. Estaba subido a la barandilla del coro. Tenía una cuerda atada al cuello por un extremo y, por el otro, estaba sujeta con un nudo a los barrotes de la baranda.

—¡Baje de ahí, padre! —gritó con voz firme y autoritaria Tilman, haciendo un enorme eco en las bóvedas.

Lejos de escuchar a Tilman, el padre Murray cerró los ojos, levantó los brazos hacia los lados, y con las palmas hacia arriba, como si quisiera dar su última homilía, comenzó a rezar en voz alta:

*Credo in unum Deum,  
Patrem omnipotentem,  
factorem caeli et terrae,  
visibílium óminum et invisíbilium.  
Et in unum Dóminum Iesum Chrustum*

*Fillium Dei unigénitum...*

Al final de la oración, sudoroso, con el terror en sus ojos desorbitados y con la mirada perdida, el padre Murray gritó:

—¡Tenebrae mortis! ¡Tenebrae mortis!

Dejó resbalar los pies de la barandilla, y en cuestión de un abrir y cerrar de ojos el crujido de su cuello rompió de nuevo el silencio del templo.

Su cuerpo pendía como una res colgada en el matadero, de un lado a otro, meciéndose inerte...

El birrete cayó al suelo del pasillo central.

Tilman puso la mano en el hombro de Stone, para sacarlo del estado de shock en el que se encontraba el capitán, y caminaron sin pausa hacia la puerta.

—¡Pennan! —gritó Tilman—. ¡Es el momento! ¡Procedan a la detención! No podemos permitir que vuelva a suceder.

Pennan apremió a Liunbert y Scholes, que subieron al coche policial para salir del lugar a toda velocidad.

Todo estaba preparado para finalizar con tanto dolor derramado. El pequeño pueblo de Shamersville había soportado un gran desasosiego durante una larga temporada, y era el momento de aliviar a sus gentes.

Tilman y el capitán llegaron a las dependencias de Pennan, y allí estaba...

Entre la escolta del comisario, con las esposas puestas y una sonrisa irónica en sus labios. La tensión era evidente.

Tilman rompió bruscamente el silencio.

—¿Han dejado al niño fuera?

—Sí, con su abuela —contestó Stone, sin percatarse de que pude escabullirme y esconderme dentro de un pequeño armario lleno de papeles para presenciar la escena con estupor.

—Y, bien, Sra. Hunter... —Tilman hizo una pausa—. O quizás debería llamarla... ¿Allison Callagher?

La sonrisa de mi madre desapareció de su bello rostro y, tras mirar por unos segundos a Tilman, volvió a fingir una mueca a modo de sonrisa, mientras agachaba la cabeza y miraba hacia el suelo, absorta de lo que sucedía a su alrededor.

La cara de los presentes palideció de inmediato ante semejante afirmación de Tilman. Incluso Stone, se quedó blanco como la pared en la que se apoyaba.

—¡O, mejor aún! —La voz autoritaria del detective se alzó, resonando con fuerza en la sala. La atención de los presentes era absoluta— ¡Allison Murray Callagher! ¡La hija biológica del padre Murray!

—¡Dios santo! —exclamó Pennan, tapándose los ojos con la mano, como si no creyera lo que estaba presenciando.

—Pero ¿cómo? —balbuceó Stone, con labios temblorosos, sin dar crédito a lo que estaba sucediendo ante él.

Pude comprobar entre los cuadraditos del armario, mientras mi alma se rompía en mil pedazos, cómo la sonrisa de mi madre se borraba definitivamente de su fino rostro.

Su belleza era de tal magnitud que hasta con aquella mirada de desequilibrada, su rostro resultaba extraordinariamente bello.

Tilman tomó nuevamente la palabra y, más sosegado, paseando de un lado a otro de la sala, dijo:

—Amigos míos, voy a contarles algo...

# Capítulo 14



= Toda la verdad =

Tilman comenzó su largo relato.

—Desde hace tiempo, Shamersville vive sumida entre el terror y el dolor más absoluto a causa de unas horrendas muertes, donde muchachas jóvenes estaban siendo asesinadas y desmembradas a manos de algún criminal sin escrúpulos. La mañana siguiente del primer asesinato, el de la joven Elizabeth Rose, hice parar el coche de caballos del Sr. Gounod, el capataz del almacén de costura del Sr. Rogers. Me dijo que no había visto a nadie desconocido, y que por allí pasaba mucha gente al cabo del día, entre otros, el Sr. Jenkins, que según Gounod tenía un pariente que era tratado en La Casona. Ahí empecé a trazar mi línea de investigación, pues confirmé que el Sr. Jenkins no solo no tiene ningún familiar en La Casona, sino que tampoco tiene familiares reconocidos en toda la comarca.

»Comprendí que Gounod quería ocultar el haber visto a otra persona la mañana anterior, cosa muy probable, porque el capataz da un trato espeluznante a sus empleados del almacén sin esconderse de ello, y no tiene ningún pudor ni miedo alguno a que las gentes lo vean. Por lo tanto, debía de tener un trato de favor muy grande con alguna persona poderosa que le diese trato de favor, tapando todas las malas artes que practicaba con los empleados del almacén de costura. Lo que no supe ver en ese instante, es que la persona que supuestamente Gounod había reconocido no era un desconocido, si no un gran conocido.

»Alguien quiso abusar de la joven Elizabeth Rose, y su negativa le costó la salud y, posteriormente, la vida. Había rumores de que su salud mental empeoró por haber dejado una relación con su pareja; nada más lejos de la realidad. Acto seguido, me encontré a mi buen amigo y compañero Stone, agachado en el muro del cementerio, donde me dijo que había oído sollozar a un niño al que el director de la escuela, el Sr. Jenkins, le gritaba enfurecido algo así como: ¡Devuélvemela! La correspondiente visita a Jenkins quedó pospuesta debido a la llamada de auxilio que el niño, Gael Thomas, nos hizo al capitán y a mí. Corrimos raudos hasta Fog River donde ya flotaba el cuerpo de la segunda víctima: Brenda Wilson, de veintiséis años.

»Mi amigo, el forense Rich, me puso en conocimiento de varias cosas: La muchacha no murió ahogada, sino que la mataron de un golpe, y después de desmembrar su pierna derecha la tiraron al río para que la fuerza del agua la

llevarse lejos. Pudiera haber sido así, pero afortunadamente para nosotros, la maleza y los juncos hicieron que el pelo de la joven se enredara, y el cadáver quedase flotando junto a la orilla. Al igual que en el primer asesinato, la muchacha tenía una marca a navaja con dos iniciales grabadas en la parte posterior del cuello: TM. Y una especie de «eses», como si el asesino quisiera emular unos reptiles.

»De inmediato, me acordé de mi viejo profesor, mi querido amigo Harvey Clayton, y le hice una visita para intentar esclarecer qué significado tenían esas iniciales grabadas en los cadáveres. Si había algún lugar donde podía encontrar un poco de información al respecto, esa era la biblioteca de mi viejo profesor. Estuve toda la noche buscando, hasta dar con un libro en latín de hojas amarillentas, incluso me atrevería a decir que doradas por el paso del tiempo. Comencé a pasar sus rugosas hojas y entre ellas encontré, finalmente, lo que buscaba, un sello en el que en su interior se podían leer claramente las dos iniciales: TM, Tenebrae Mortis, «La oscuridad de la muerte».

»Seguí leyendo, para darme cuenta de que estábamos antes un caso espeluznante. Todo provenía de una orden religiosa monástica formada por monjes, los cuales trabajaban en el monasterio y vivían de la limosna. De ahí salió un grupo de monjes que asesinaban y procedían a desmembrar los cuerpos de muchachas, y que su finalidad es la de formar un solo cuerpo, al cual le hacen llamar «The great lady», «La gran dama». El padre Murray perteneció a aquella orden conocida como contemplativa, donde la práctica del silencio mental lo enloqueció. Poco después, y tras muchas vicisitudes, logró desligarse de la orden para poner en práctica su disparatado plan en nuestra querida Shamersville. Aquello me hizo pensar en lo que quedaba por llegar. Faltaban varias muertes aún, incluso la de un bebé que se podía visualizar a los pies de «The great lady», en aquel horrendo dibujo del libro. —Los presentes no daban crédito al relato del inspector Tilman que, tras beber un sorbo de agua, prosiguió—. Bien, al volver a Shamersville, parece ser que hubo un altercado en la casa de los Hunter. Un cristal roto y la habitación del pequeño Darren totalmente desordenada, como si alguien hubiese acudido a buscar algo específico. Marie fue rauda a la búsqueda de Stone para ponerlo en su conocimiento, cosa que a su querida patrona, la Sra. Hunter, le incomodó en demasía, y echó la reprimenda a la buena de Marie, diciéndole que no había ocurrido nada grave como para avisar al detective y la policía. Acto seguido, cambiaron el cristal y le hizo recoger la habitación

del niño a toda prisa.

—¿Pudo ser un simple robo, detective?

—No, comisario. Alguien que entra a robar se lleva todo lo que encuentre de valor a su paso. En este caso, no faltaba absolutamente nada de la casa. Nada excepto... ¡Esto! —Tilman abrió su cajón y sacó una vieja llave de metal.

Los allí presentes no entendían nada, y siguieron mirando a Tilman más expectantes que nunca.

—¿Qué importancia tiene esa llave, jefe?

—Querido capitán... toda, la tiene toda. Lo comprenderán de inmediato. Fui a buscar a Darren al río, donde suponía que estaba jugando y, al llegar, allí lo encontré, sentado en una piedra y con el ánimo un tanto decaído. El muchacho estaba asustado. Conversamos largo y tendido, incluso le regalé un libro de aventuras que cogí de la biblioteca de mi querido amigo Harvey. Tras la conversación, Darren accedió a llevarme a su lugar de juegos... el desván donde pasaba horas jugando a ser un héroe de cuento. —A pesar de la situación dentro del armario, dibujé una sonrisa en mi rostro—. No sin algún obstáculo por parte de la Sra. Hunter, logré subir con Darren al desván, donde pude verificar varias cosas: La primera, dentro de un baúl donde el niño se subía para gobernar desde arriba su mundo de fantasía. Al abrir el baúl con sigilo pude ver que estaba repleto de fósforos, en una cantidad exagerada. También junto a ellos había frascos con unos polvos violáceos, obviamente, de los propios fósforos. La cantidad era tan grande que me puso en guardia y me dio en qué pensar, por lo que quise hacer una visita al forense Rich, el cual, tras leer la autopsia del padre de Darren, llegó a la conclusión de que su muerte no pudo ser de causa desconocida, porque había sido envenenado...

—¡Con fósforo! —replicó en voz alta Pennan.

—Así es, comisario, con polvo de fósforo que fue administrado por la Sra. Hunter en las comidas de su marido, el Sr. Logan Hunter. ¡Usted asesinó a su marido!

Aquello me destrozó el alma. Mi madre, mi querida madre no podía haber hecho esas cosas tan terribles.

Ni se movió... seguía con la mirada perdida y sin mover un músculo de su cara, estaba como hipnotizada. Yo estaba desolado...

—El forense que había cerrado el caso de Logan Hunter, el Sr. Palmer, curiosamente fue colocado en el puesto por el padre Murray que, tras aquello y debido a discrepancias, lo defenestró al otro lado de Fog River, entre cuatro

paredes y un puñado de cerdos. Si bien el lugar no es el más conveniente para que una persona viva dignamente, sí pude comprobar que el Sr. Palmer disponía de una cantidad enorme de tabaco del bueno, incluso de un whisky que solo se podía beber en el Parlamento Británico y la Casa Real. Stone supuso que sería una burda imitación de un James Buchanan, pero yo empezaba a sospechar que no. Era el premio que el Padre Murray daba como terrón de azúcar al adoctrinado Sr. Palmer por su silencio. Esto lo descubrí en mi posterior viaje a Londres, puesto que en aquella casa de la que luego les hablaré había decenas de botellas vacías de ese licor tan ostentoso. Ahora vamos con la segunda cosa que verifiqué en el desván: Darren me enseñó una llave de metal... la llave que les acabo de mostrar. El chico me dijo que se la había regalado su amiga Brianna el día de su cumpleaños. Puedo asegurarles que lo que intentaron sustraer de la habitación de Darren cuando rompieron el cristal y revolvieron todo, era esta llave.

—¿Qué abre esa llave, jefe? —preguntó Stone, asustado.

—Cuando acabe el relato de los hechos iremos todos a descubrirlo, querido Stone. Solo les puedo decir que hay otra llave exactamente igual, y que la razón por la que querían encontrar su copia es para que nadie pudiese indagar sobre ella. Por otro lado, el niño que sollozaba detrás de la tapia del cementerio cuando el Sr. Jenkins le gritaba «¡Devuélvemela!», no era un niño, sino una niña... Brianna, que la encontró por casualidad y se la quiso obsequiar a su amigo Darren por su cumpleaños. —Stone no daba crédito—. Y vamos con la tercera pista que fue fundamental para esclarecer este sinuoso caso: Hete aquí que, por avatares de la vida y después de muchas preguntas sin respuestas, llega a mis manos de una manera totalmente inesperada, una curiosa pista. Esta pista, Sra. Hunter, me la proporcionó su propio hijo, Darren. Una foto medio rota y descuidada que encontró en el desván, donde usted no quería que su hijo subiese a jugar por aquello de la suciedad... —Mis ojos se abrieron como platos ante lo que el detective exponía a todas aquellas personas—. Aunque, el motivo verdadero no era la suciedad, ni mucho menos, sino para que no descubriera cosas como esta, ¿verdad Sra. Hunter?

El detective puso frente a mi madre la foto que yo mismo le enseñé en el desván; ella no hizo ni el gesto de mirarla. Acto seguido, Tilman se la enseñó a todos los presentes. Una mujer con un bebé en brazos y un sacerdote a su lado. Al reverso se podía leer:



*Leslie Callagher*  
*La Casona, 1864*

Tilman continuó ante la estupefacción de los presentes, que esperaban sus palabras con avidez.

—Casualmente, hacía relativamente poco tiempo que me había encontrado con una vieja amiga, Norah Lagender, enfermera de La Casona, la cual me hizo el gran favor de rebuscar en los archivos quién era la mujer de la foto, y que, según el reverso de la misma, como les acabo de leer, debía de ser una tal... Leslie Callagher. Según Norah, Leslie Callagher era una enferma mental del sanatorio que, curiosamente, quedó embarazada y dio a luz en el propio psiquiátrico. Y digo curiosamente, porque de todos es sabido que en La Casona están prohibidas las visitas que no sean supervisadas y acompañadas de un celador o, en su defecto, de una enfermera.

—Entonces, ¿un celador tal vez? —preguntó Pennan.

—No, querido comisario. El mismo padre Murray llevó a los sótanos a Leslie Callagher, y una vez allí abusó de ella.

Stone replicó:

—¿Los sótanos que...?

—Sí, amigo mío. Los sótanos laberínticos que usted y yo recorrimos aquella noche de tormenta. Pero eso no es todo. La niña desapareció de la celda donde estaba recluida en dichos sótanos a la edad de seis años, y la madre no pudo soportarlo. Los gritos y lamentos eran tan fuertes que alguien la hizo callar para siempre... Tras esta conversación con Norah, bajé ladera abajo cuando, curiosamente, estaba en pleno apogeo la fiesta a la salida de la iglesia. Al llegar al centro de la algarabía, me encontré con dos buenos amigos... Mejor dicho, con el Padre Murray y la Sra. Hunter, su hija —susurró Tilman, acercando su rostro por detrás hasta colocarlo junto con el de mi madre—. Aproveché que la Sra. Hunter, amablemente, fue a pedirme una limonada para enseñarle la foto al Padre Murray, el cual palideció de inmediato. Esa misma noche el llamador de mi puerta sonó, y tras la puerta estaba Stone, que me comunicaba que en el embarcadero nos esperaba la tercera víctima...

»Amy McLaughlin yacía decúbito prono en la orilla del embarcadero, y ninguno podíamos dar crédito a lo que estábamos viviendo. Ninguna pista, a

pesar del rastreo; ninguna, excepto un trozo de gasa gris que quedó enganchada en un botón de la chaqueta de Stone. ¿Cómo pude ser tan torpe y no darme cuenta inmediatamente? ¿Dónde había visto yo aquel vestido de gasa gris? Efectivamente, la gasa era exactamente igual a la del precioso vestido que llevaba la Sra. Hunter aquel día festivo en la plaza. Vestido que la Sra. Hunter no tardó en deshacerse de él en cuanto pudo, ¿no es así?... Ante la urgencia y celeridad de los hechos tuve que viajar a Londres para seguir los pasos de Leslie Callagher. Mi buen amigo e inspector de Scotland Yard, Henry Gormaley, me sirvió de gran ayuda, echando una ojeada a los registros necesarios para dar con la dirección donde residía la Sra. Callagher. En escasos minutos encontramos una denuncia vecinal por un episodio de ruidos, mediante la cual pudimos saber al detalle dónde en un pasado residió una joven y atractiva Leslie.

»Un anciano muy amable y vecino de la susodicha, nos contó que en aquella lujosa mansión no escatimaban a la hora de hacer ruido, incluso en ocasiones se escuchaba cómo entonaban canciones eclesiásticas. No en vano, y según el anciano, en esa casa no paraba de entrar gente del clero, de continuo, incluso altos cargos eclesiásticos. Voces, cánticos y alcohol, no faltaban nunca a la cita. Un buen día los sonidos cesaron y Leslie desapareció del vecindario como si se la hubiese tragado la tierra. Años después, una niña pequeña hizo acto de presencia en la casa de la mano de un sacerdote. Deduzco que ese periodo de inactividad en la casa debió coincidir con la llegada de Leslie a La Casona, momento en el que fue víctima de diversas violaciones, dando paso a su posterior asesinato, tras lo cual, la pequeña desapareció del psiquiátrico y un buen día apareció en Londres de la mano del sacerdote.

Stone hizo ademán de intervenir, pero, finalmente, no lo hizo.

—Prosiga, jefe...

—Bien. En aquella mansión se llevaba a cabo todo tipo de rituales de sangre, en los cuales, en ocasiones, por los gritos desgarradores que se escuchaban en el vecindario, parecía que los allí presentes iban a enloquecer. Encontré todo tipo de material con el que se hace sesiones con los difuntos, y les aseguro que al ver todo aquello sentí un cosquilleo subirme por la espalda que me llenaba de desasosiego. Incluso llegué a ver huesos de animales y sus pieles sujetadas a las paredes mediante cuchillos. Allí es donde a usted la adoctrinaron para asesinar, Sra. Hunter, ¿me equivoco? El padre Murray, su padre biológico, fue su principal mentor. Un ser despreciable que se

aprovechaba de las chicas jóvenes que conocía desde niñas para destrozarles la vida. Pero no, no le bastaba con abusar de ellas, sino que quería llegar más allá. Quería llevar su locura al límite, hasta el punto de adoctrinarla a usted para matarlas. —Mi madre no se movía, estaba impertérrita ante el relato del detective. Todo lo contrario que los allí presentes, que no daban crédito a lo que estaban escuchando—. Su torpeza en el cuarto asesinato no tiene nombre, Sra. Hunter. Quiso esconder en el pasadizo laberíntico el cadáver de Melissa Barnes, sin pensar que cualquiera podría verla desde la carretera colindante. Y como no tuvo fuerza suficiente para subir la trampilla, intentó deshacerse del cuerpo de una manera rápida, aunque poco fiable. Aquellos días de lluvia dejaron parte del cuerpo de la víctima al descubierto. Seguramente, su idea era volver para acabar con su cometido, pero aquel «maldito» perro dio al traste con su macabro plan.

»Aquel agujero inmundo donde el padre Murray asesinaba y hacinaba enfermos, era el lugar destinado para reunir su gran obra cadavérica, ¿no es así? A pesar de todo, con la ayuda del Sr. Miller, consiguió su cometido final y más importante... Las piezas iban encajando poco a poco. Cuando recorrí los pasadizos con el capitán encontré algo que brillaba en el suelo. Era un rosario con cuentas de nácar y una cruz de oro que debía de valer una fortuna. —Stone comprendió en el momento—. El rosario que el padre Murray dejó en custodia del Sr. Miller y que este perdió, cuando salían de una celda donde la Sra. Hunter y el sacristán desmembraron a Melissa Barnes...

—¡Dios santo! —Pennan no salía de su asombro.

—Recorrí los pasadizos sin la compañía de Stone, y después de caminar largo rato llegué a una pequeña celda que estaba abierta. Al entrar, había una escalera de adobe que subía hasta una trampilla, la cual con mucho esfuerzo intenté levantar, pero se me resistía. Cuando estaba a punto de desistir para buscar la ayuda del capitán, hice un último esfuerzo y pude levantarla un palmo, lo suficiente para darme cuenta de que lo que estaban viendo mis ojos era la mismísima iglesia de Shamersville desde el altar mayor. Encima de mí debía de estar la alfombra y el reclinador, de ahí que no pudiera abrirla por completo. Posteriormente, la desaparición de las hijas de los Desmond. Realmente, solo querían llevarse al bebé para finalizar su obra maestra. Pero Brianna, la hija mayor, tuvo la mala suerte de ver cómo se llevaban a su hermana, y eso les trastocó los planes, por lo que optaron por llevársela también, y poco después, abandonarla metida en un saco, arrojándola al fondo de una profunda fosa con el único objetivo de que pereciese de hambre y frío.

Extraño que no la asesinasen con sus propias manos, ¿verdad, Sra. Hunter? Afortunadamente, la Sra. Harper escuchó los quejidos y el llanto de la niña. Gracias a ella hoy está entre nosotros. —Tilman acercó su rostro hasta casi tocar el de mi madre y, acercando los labios a su oído, le susurró—: No podemos decir lo mismo de Lorette... —Tilman alzó la voz enfurecido—. Cuando encontramos a la niña en la fosa, ¡ustedes ya habían asfixiado al bebé! —Pennan tuvo que salir a tomar el aire, pues estaba bañado en sudor y mareado. Regresó de inmediato para continuar escuchando el relato de Tilman—. Y ahora, les pido a todos que me acompañen. Liumbert, Scholes, traigan a la detenida.

La comitiva encabezada por el detective se encaminaba hacia La Casona, hasta llegar al punto donde se encontraba aquella trampilla en medio del campo. Tras bajar todos con sumo cuidado por ella, Tilman sacó la llave de metal del bolsillo y tomó la palabra.

—Bien, esta llave que Brianna regaló a Darren por su cumpleaños, la encontró jugueteando en la escuela, en uno de los cajones del Sr. Jenkins. Es la llave que abre... —Tilman manchó sus botines para retirar del suelo un recuadro de tierra donde se encontraba un pasadizo subterráneo— ...que abre esta otra trampilla.

El detective abrió la trampilla, y todos —incluida la detenida—, bajaron los seis escalones que los separaban del horror y la desesperación. Allí, frente a ellos, se encontraba la obra de un sádico. Al fondo, en la pared, había una cruz de maderos rodeada de serpientes muertas, en la cual aparecían clavadas las extremidades de las víctimas encontradas en Shamersville, en estado de descomposición. A los pies clavados de dos de las víctimas, se encontraba la pequeña Lorette que parecía dormir, aunque en este caso el sueño era eterno... Los vómitos y gritos de los presentes hacían eco en el interior de aquel macabro lugar.

—Esta es la razón por la que Brianna fue golpeada en varias ocasiones con el cinto del Sr. Jenkins. Jenkins y Gounod... dos cómplices del padre Murray que taparon sus asesinatos. Aunque estos tipos pagarán por ello, dudo mucho que ninguno de los dos supiese que el sacerdote estuviera detrás de semejantes atrocidades, cometidas por la mano ejecutora de la bella y recatada Allison Callagher, más conocida como Sra. Hunter.

—¿Y la gran dama? —preguntó Stone, intrigado.

—The great lady era la mismísima Sra. Hunter. —Stone abrió los ojos como platos—. Ella pretendía quitarse la vida para poder terminar con la gran

obra del padre Murray, siendo el cuerpo que encajase perfectamente en la cruz, para poder subir al reino de los cielos el día del eclipse que se avecina. La adoctrinó desde pequeña para ese momento, aunque sintiéndolo mucho, Sra. Hunter, donde usted va a morir es en la horca. —El silencio inundó aquel tétrico agujero en el que nos encontrábamos— ¿No tiene nada que decirnos, Allison Callagher? ¿Pensó que podía engañarnos por la complicidad con su padre el sacerdote, aprovechando su poder eclesiástico?

Por primera vez, mi madre levantó la mirada hacia el detective y, sonriendo, con los ojos desorbitados y una cara totalmente desconocida para mí, comenzó a hablar:

—Ustedes son los que no tienen poder sobre mí. Yo sobre ustedes, sí. Ustedes no saben nada. Cuando la oscuridad se haga tras ocultarse el sol, todos ustedes caerán a las llamas del maligno. Yo tenía que marcharme más tarde, pero no pasa nada... Ustedes me van a dar la posibilidad de reunirme con ellos antes de lo previsto. —Carcajeó con fuerza mientras Pennan alzaba la voz:

—¡Por favor! ¡Hagan callar a esa loca!

—Ya hemos escuchado bastante —replicó Tilman—. ¡Llévensela!

El silencio se hizo, y todos los allí presentes denotaban abatimiento. Absolutamente nadie esperaba que en nuestra querida Shamersville pudiera ocurrir algo así.

—Necesito un trago, jefe...

—Vamos, capitán, tengo whisky en casa. Creo que yo también lo necesito.

—¿Cómo es posible que la tuviéramos delante y no nos diéramos cuenta? ¿Cómo es posible que haya un ser en el mundo con tan poca empatía y sentimientos?

—Ella era una mujer enferma, Stone. Imagínese por un momento la vida que vivió desde la infancia.

—¿No la estará justificando, jefe? —replicó Stone, sorprendido.

—Nada de eso, capitán, no justifico nada. Pero esa mujer estuvo hasta los seis años recluida en una celda inmunda, en el subsuelo, pasando hambre y calamidades. Después, arrancada de su madre y llevada lejos para adoctrinarla en el mal. Golpeada y violada desde niña por un puñado de locos que la utilizaron a su antojo, como un muñeco de trapo, para que una vez

adulta ejecutara todas sus tropelías. La vida de Allison Callagher no ha sido un camino de rosas, Stone.

—Visto así, jefe...

# Capítulo 15



= La Horca =

Aquella mañana oscura y lluviosa la plaza de Shamersville era un hervidero de curiosos en busca de morbo. El frío vendaval y los nubarrones grises que se cernían sobre nuestras cabezas hacía que la horca produjese más escalofríos de los que ya provocaba habitualmente. Por allí traían a mi madre, esposada, con la cara desencajada, sujeta por dos hombres. Subió los roídos escalones de madera hasta llegar al patíbulo, no sin antes tropezar levemente en uno de ellos. Cada parada que hacía en el camino, a mi me daba la sensación de que algo había ocurrido, y que daría media vuelta para volver a casa. ¡Qué diablos! ¡Ella había matado a mi padre! Tenía que ser ejecutada... No podía soportar más todas aquellas contradicciones en mi cabeza. Deseaba con todas mis fuerzas que aquella situación acabase cuanto antes.

—¿Desea pronunciarse?

—¡Necesitaba matarlas! —gritó.

El verdugo le colocó una capucha de tela, agarró la soga que pendía sobre ellos y le pasó el nudo dogal por la cabeza, ciñéndolo a su cuello. Ella pudo sentir el frío de la lía acariciándole la piel, y sabedora de que, en breves instantes, se la llevaría para siempre.

Tras una larga pausa, donde mi alma se partió en mil pedazos, la trampilla se abrió de repente, acabando de una vez por todas con toda aquella amargura.

Sus pies dejaron de moverse, tras balancearse al compás de la muerte...

Bajo una lluvia torrencial, las campanas de Shamersville repicaban a muerto. Esta vez, la difunta era mi madre.

Esta es la historia de mi vida, y desde aquí, desde este maldito psiquiátrico que un día observaba con recelo la mirada de un niño, se la cuento a todos ustedes. Después de lo sucedido, enloquecí. Siendo un niño, nunca pude entender y asumir que aquella maravillosa mujer que me tuvo en sus entrañas, a la que yo quería tanto, había sido capaz de cometer aquellos terroríficos actos. Todas aquellas muchachas llenas de vida, y la manera en que le quitó la vida a mi padre...

Mi abuela Elena falleció poco después, a causa de la tristeza.

Los libros de Gilbert acabaron en la lumbre de la chimenea del salón.



¿De qué me servían las grandes hazañas si no pude salvar a mi madre?  
Ni siquiera pude encauzar mi vida...

El único momento bueno que recuerdo es cuando vi al Sr. Jenkins pagar por los latigazos a Brianna; aquello me alivió el alma. Ella aún viene todas las semanas a visitarme, cuando mi estado mental lo permite. Pasa su tiempo poniendo flores frescas a la lápida de la pequeña Lorette, y en venir a hacerle la vida más agradable a este viejo nostálgico. Ella es el único consuelo que me queda, antes de que se aproxime el punto final a una vida llena de sufrimiento. Durante años quise olvidar y seguir adelante, pero es que, algunas historias siempre permanecen en el recuerdo...

—Sr. Darren, vamos, ya basta hoy de paseo. Hay que tomar las medicinas. Además, el día se está nublando y aquí en los pasillos hace frío. Hay que acicalarse un poco, que hoy es día de visita y Brianna vendrá puntual, ¿de acuerdo? ¿Sr. Darren?... ¡Sr. Darren! Dios mío... ¡Celador!

## Agradecimientos:

A mis padres Ignacio y Josefa, lo conseguí por vosotros.

A mis hermanos Inma y Nacho, por su apoyo incondicional.

A Enrique Laso por aguantarme, corregirme y ayudarme (impagable).

A Marta Abelló por aconsejarme, encaminarme y ayudarme cada día.

A Marcos Nieto por su valiosa ayuda.

Y, por supuesto, a cada una de las personas que confíen en leerme.

Sinopsis:

¡Necesitaba matarlas!

Algo espeluznante se cierne sobre Shamersville en el fatídico invierno de 1899. El cadáver de una joven hallado en el sanatorio psiquiátrico pone en alerta a toda la comarca. El detective Alfred Tilman y su ayudante, el capitán Edward Stone, comienzan a profundizar en los hechos, cuando es anunciada la segunda víctima. Tras las muertes se esconde un asesino sin escrúpulos que desmiembra a sus víctimas. El mutismo y miedo de los habitantes hará que el trabajo del detective y su ayudante sea más complejo de lo inicialmente esperado.

Nadie era consciente del sufrimiento que estaba aún por llegar...